JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

La Dama de los Leones

DRAMA MODERNO, EN CUATRO ACTOS, DIVIDIDO EN SEIS CUADROS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1917

LA DAMA DE LOS LEONES

La Dama de los Leones

Drama moderno, en cuatro actos, dividido en seis cuadros

ORIGINAL DE

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

Estrenada con gran éxito en el Teatro de Price de Madrid, la noche del 16 de Diciembre de 1916



1917
Tipografía y Encuadernación de J. Yagües Sanz,
Plaza Conde Barajas, 5 y Nuncio, 8
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LEOPOLDINA........................	Sra. Gámez.
MARIETA............................	» Ortega.
MISS ESTHER......................	Srta. Gorostegui.
GUILLERMO RIEDEL...............	Sr. Codina.
RODOLFO	» Del Cerro.
SERAFIN............................	» Rubio.
EL CONDE DE LA GIMENA.........	» Santander.
DON ANSELMO......................	» Marimon.
MAYORDOMO........................	» Cuadrado.
EL CORONEL.......................	» Cebrián.
EL VIZCONDE DE LA FUENTE.....	» Ortega.
NOTARIO	» Beringola.
ESCRIBIENTE.......................	» Medina.

Epoca actual.—La acción en Madrid los dos primeros actos y en París los restantes.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Sala de gran lujo. Puretas laterales. En el foro galería que da al jardín.

ESCENA PRIMERA

MARIETA y SERAFÍN apareciendo por la derecha.

MARI. Aparta, Serafín, aparta.

SERAFIN ¿Ni un abrazo?

MARI. Eres muy atrevido.

SERAFIN ¿Y cómo no serlo siendo tú tan bonita y tan?...

MARI. Alto allá.

SERAFIN ¿Por qué te enfadaste?... ¿Por que te quise dar un beso?

MARI. ¿Te parece poco?

SERAFIN ¿Y qué es un beso, en substancia?

MARI. Nada... Una friolera.

SERAFIN Un confite, comparado con la arroba de dulces que me ofrecen tus labios de caramelo.

MARI. Bien se conoce que eres andaluz.

SERAFIN ¿Andaluz?... ¿Yo andaluz?

MARI. ¿Cómo? ¿no eres hijo de Málaga?

SERAFIN ¡Ah! Sí. De Málaga. Transijamos Marieta. Yo te doy un beso y tú me das una bofetada. De este modo satisfago mi deseo y pones a salvo tu dignidad.

MARI. Ni beso ni bofetada.

SERAFIN ¿Quieres que lo pida de rodillas?

MARI. Ja... ja... ja...

SERAFIN ¿Por qué te ríes?

MARI. Me recuerdas la escena del Duquesito Rodolfo y la profesora de inglés de la señorita.

SERAFIN ¿Qué escena es esa?

MARI. Nada, hombre, nada.

SERAFIN Algo has atisbado... Algo me ocultas. ¡Ah! ¿Con que también secretitos para tu Serafín? Esto ya no lo aguanto.

MARI. Si no fueses tan hablador...

SERAFIN ¿Yo hablador? Me tocas en el punto de la dignidad ¿Hablador un hijo de Málaga?...

MARI. ¿Serás discreto?

SERAFIN Discretísimo.

MARI. ¿Tú crees que el señorito Rodolfo quiere a la señorita Leopoldina?

SERAFIN ¡Quiá!

MARI. ¿Sabes de quién está enamorado perdidamente?

SERAFIN ¿De quién?

MARI. De miss Esther.

SERAFIN ¿La profesora?...

MARI. Cabal... El otro día ella le dió una flor que

llevaba en el pecho y él la besó como un loco repetidas veces... Les ví al través del ramaje... Estaban en el jardín.

SERAFIN No tiene mal gusto. La profesora parece una espiga de oro, con aquellas trenzas y aquella caída de ojos que...

MARI. Te deslizas Serafín.

SERAFIN Perdona... Esto es un *facsimil*. Prosigue tu relato.

MARI. Las mujeres somos muy curiosas...

SERAFIN No te esfuerzes en demostrarlo.

MARI. Hace algún tiempo que iba yo notando alguna cosa... Ayer me escondí tras los cortinones que cubren una de las puertas de la sala y oí perfectamente su conversación... El señorito Rodolfo quería un beso...

SERAFIN ¡Hola!... ¡Vaya un atrevimiento!

MARI. Lo mismo que tú ahora... Y hasta intentó ponerse de rodillas.

SERAFIN ¿Y de ese recuerdo provino tu risa?

MARI. Exactamente.

SERAFIN ¿Y ella cedió?

MARI. No.

SERAFIN Hizo mal, aunque el caso es muy diferente... En el señorito Rodolfo, se trata de un capricho pasajero.

MARI. No lo creas... La quiere de corazón.

SERAFIN ¡Bah!

MARI. Puedo afirmarlo.

SERAFIN El es hijo de un Duque millonario, y ella una simple profesora... Ahí es nada la diferencia.

MARI. El cariño todo lo allana. Y eso que el señorito Rodolfo es un tipo muy elegante. Con aquellos ojos... Y aquel bigote...

SERAFIN Alto... Alto...

MARI. Es un *facsimil*.

SERAFIN No hay hijo de Málaga que sufra semejantes distingos. Hemos concluído. (Medio mutis).

MARI. Escucha hombre.

SERAFIN Necesito un desagravio completo. Deposita un beso redondo, de esos de Cine que duran media hora, aquí en la mejilla... ¿Qué haces?... No te detengas. Así saldrán confirmadas nuestras relaciones.

MARI. No seas lila.

SERAFIN ¡Marieta!

MARI. Has cometido la misma falta que el señorito Rodolfo... Eso no se pide. Adios.

Vase MARIETA por la derecha.

ESCENA II

SERAFIN Esta Marieta sabe más que Cristobal Colón... ¿Por qué habrá dicho que eso no se pide? Aquí hay gato encerrado. La sesorita...

ESCENA III

Dichos y LEOPOLDINA por la segunda izquierda.

LEOP. ¿No estaba contigo Marieta?

SERAFIN Sí. ¿La llamo?

LEOP. Que venga.

ESCENA IV

LEOP. Me siento intranquila como ante la amenaza de un peligro... (Pausa). (Se sienta).

ESCENA V

Dichos y MARIETA por la derecha.

MARI. Aquí estoy, señorita.
LEOP. Escucha.
MARI. Ya atiendo.
LEOP. Papá vino anoche a una hora desusada.
MARI. Efectivamente.
LEOP. ¿Qué notaste en su cara al entrar?
MARI. Venía muy pálido... ¡Mas como padece esa enfermedad!...
LEOP. ¿No te habló como otras veces?
MARI. No dijo ni una sola palabra.
LEOP. ¿No preguntó por mí?
MARI. Se metió en su gabinete sin despegar los labios. ¿No fué a verle la señorita?
LEOP. Tampoco le hallé afable y cariñoso como otras veces. A mis preguntas contestó que se hallaba muy bien... que nada que ría... que no le importunase.
MARI. Eso debe hacerlo la enfermedad. (Pausa).
LEOP. Más tarde, vinieron a verle sus dos mejores amigos... el Coronel Bertrand y el Vizconde de la Fuente.
MARI. Tal como se lo dije a la señorita.
LEOP. ¿Y conferenciaron con él?
MARI. Así fué.

LEOP. ¿Cuánto tiempo?

MARI. Cerca de una hora.

LEOP. ¿Nada les oiste al salir?

MARI. Nada... (Pausa).

LEOP. ¿No habrá nadie por ahí escuchando?

MARI. A ver... No. El señor conde ha salido.

LEOP. Ya lo sé.

MARI. Podemos hablar con toda confianza.

LEOP. ¿Tuviste siempre cuidado al recibir las cartas?

MARI. Mucho.

LEOP. ¿Nadie lo habrá advertido?

MARI. Puedo asegurarlo... Antes de acercarme al domador...

LEOP. No le llames así.

MARI. Perdón.

LEOP. El señor Riedel... Es el señor Riedel... o don Guillermo, como te plazca.

MARI. Lo tendré presente. Nadie me ha visto recibir sus cartas... No tenga el menor recelo la señorita.

LEOP. Por la cosa más insignificante me sobresalto en seguida... ¡Ay de mí si mi padre...

MARI. ¡Dios nos libre!

LEOP. ¿También tú te estremeces?

MARI. Y tanto.

LEOP. Yo; su amada Leopoldina; la luz de su corazón... andar con tapujos y misterios con un... Será preciso decirlo. Con un personaje de circo ecuestre... Con un domador. ¿Qué te parece?

MARI. No me atrevo a decirlo. Estoy muy asustada.

LEOP. Ya has dicho bastante. (Pausa). ¿No encuentras que es muy arrojado y valiente?

MARI. Yo aparto los ojos cuando entra en la jaula para hacer saltar a sus leones... pero...

LEOP. ¿Pero, qué?

MARI. Como tiene ese oficio.

LEOP. No es tan vulgar.

MARI. Hay mucha diferencia. Usted es hija de un señor Conde y él es un... un...

LEOP. Un domador.

MARI. Eso.

LEOP. No hay quien nos saque de ese círculo.

MARI. Si pudiera la señorita...

LEOP. ¿Olvidarle? Imposible... Ya es tarde...

MARI. Haga un esfuerzo.

LEOP. Entonces dejaría de quererle... Y si él me olvidase... ¡Oh!

MARI. El señor Conde no consentirá jamás en un matrimonio que...

LEOP. Ni en sueños... Por eso vivo en continua zozobra... El caso es que perdure el secreto de nuestras relaciones hasta que... ¿Hasta cuando?... Qué se yo... Conviene que mi padre nada sepa de estas secretas angustias... Sería capaz de matarme y hasta de atentar contra su propia existencia si no se sintiese con valor para quitarme la vida...

MARI. ¡Ay, no...! Que no se entere de nada.

LEOP. ¿Y este disgusto que parece tener ahora...?

MARI. No se alarme la señorita...

LEOP. Ya sé que no hay motivo alguno, pero...

MARI. Alguien se acerca (Yéndose al foro).

LEOP. Callemos.

MARI. El señorito Rodolfo.

ESCENA VI

RODOLFO por el foro, MARIETA váse por la derecha del foro.

ROD. Buenos días.

LEOP. Hola, primo. Adelante.

ROD. Tenemos que hablar.

LEOP. Bueno. Toma asiento. (Se sienta al lado de LEOPOLDINA).

ROD. Supongo que tu padre te habrá dicho...

LEOP. (Alarmada). ¡Mi padre! ¿Dices que mi padre?...

ROD. Por lo visto nada sabes.

LEOP. No. ¿Qué ocurre?

ROD. El mío no anduvo remiso. Esta mañana sin esperar a que tomase el desayuno, me dijo, muy gravemente: Rodolfo, vas a poner término a tu vida de soltero. Tu tío y yo, de común acuerdo, hemos resuelto que tu boda con Leopoldina se celebre, transcurrido un plazo que será muy breve.

LEOP. ¿Cómo? ¿Adelantan la boda? ¿No se convino en que se verificaría dentro de un año?...

ROD. Buen año nos dé Dios. Piensan casarnos antes de dos meses.

LEOP. ¿Y por qué tanta prisa?

ROD. Eso digo yo. ¿Por qué tanta prisa?

LEOP. ¡Qué informalidad!

ROD. Todos los padres tienen ese mismo defecto. Son muy informales. (Pausa).

LEOP. No esperaba esa noticia.

ROD. ¿Acaso no te alegras?

LEOP. ¿Te alegras tú?

ROD. No sé qué decirte.

LEOP. Ni yo tampoco. (Pausa).

ROD. Tú vales mucho prima... Dudo que haya otra mujer que te aventaje en perfecciones... Yo te amo mucho... muchísimo... pero...

LEOP. Pero no me amas. Dilo sin embajes ni rodeos.

ROD. Admiro tu perspicacia... Yo siento infinito que...

LEOP. No necesitas justificación de ningún género porque a mí me sucede lo mismo. También te amo sin amarte.

ROD. ¿De veras?

LEOP. Como lo oyes.

ROD. ¡Qué peso me quitas del corazón!

LEOP. Nos lo quitamos mutuamente.

ROD. Soy un mentecato. Creía, a ojos cerrados, que tú...

LEOP. Nada de eso. Nunca te amé.

ROD. Ni yo tampoco.

LEOP. Somos libres.

ROD. ¡Viva la libertad!

LEOP. Mas ¿Cómo hacerla efectiva? Yo me hallo resuelta, firmemente, a no casarme contigo.

ROD. Me entusiasmas, prima.

LEOP. Lo prometo.

ROD. Yo también.

LEOP. (Alargándole la diestra que estrecha Rodolfo). ¿Pactado?

ROD. Pactado. (Pausa). Ahora supongamos que yo...

LEOP. Adelante... Nada temas.

ROD. Supongamos que...

LEOP. Será preciso que acuda en tu auxilio... Supongamos que te has enamorado de mi profesora de inglés.

ROD. Me dejas estupefacto... Guarda el secreto.

LEOP. Guárdalo tú.

ROD. ¿Cómo has adivinado?

LEOP. Muy fácilmente.

ROD. ¿Y no te indignas por la diferencia de clase que nos separa?

LEOP. No. No me indigno.

ROE. Miss Esther pertenece a una esfera social más humilde.

LEOP. ¿Y eso qué importa?

ROD. ¿Te doy un abrazo?

LEOP. Y dos, también, si quieres.

ROD. (Abraza a su prima). ¡Ay, prima!... ¡Qué otro peso me quitas!

LEOP. Vamos a lo esencial... ¿Cómo evitamos que se celebre nuestra boda?

ROD. Me he sentido tan feliz que ya lo había hechado en olvido.

LEOP. ¿Si tuvieras valor para confesarle a tu padre la verdad?...

ROD. ¡Jesucristo! ¡Con la ilusión que él tiene porque se lleve a cabo nuestro enlace!

LEOP. Entonces renuncia al amor de Esther.

ROD. Eso nunca. ¡Antes me quito la vida!

LEOP. Me gusta ese arranque... ¡Sabes amar, Rodolfo!

ESCENA VII

Dichos y MARIETA por el foro, anunciando.

MARI. Señorita.
LEOP. ¿Qué hay?
MARI. La profesora.
ROD. ¿Ella?
LEOP. ¡Se continuará! Hasta luego.
ROD. ¿Te vas?
LEOP. Sí. Te dejo el campo libre por algunos instantes. Aprovecha el tiempo. Que pase. (Vase Marieta por el foro).
ROD. Eres adorable, prima.
LEOP. Tarde lo reconoces. Ya hablaremos. (Vase Leopoldina por la izquierda).

ESCENA VIII

Aparece MISS ESTHER por el foro.

M. EST. ¡Ah! El señorito Rodolfo... ¿Y la señorita Leopoldina?
ROD. Pase usted. Viene al punto.
M. EST. Me retiro... Esperaré en la antesala. (Medio mutis).
ROD. Oigame Esther. No se vaya... Deseo hablarla.
M. EST. No me atrevo a quedar sola con usted.
ROD. Sea generosa conmigo dando al olvido la escena de ayer. Me sentí arrebatado por la pasión.
M. EST. Tener usted arrebatos muy nerviosos.
ROD. ¿Quiere escucharme?

M. EST. Bien; ya escucho.

ROD. Esther; su imagen se ha grabado en mi alma. La adoro.

M. EST. Usted no se pertenece... Debe unir su destino al de la señorita Leopoldina... Además, mi posicion es muy humilde. Soy poco para aspirar a la mano de usted. Para otra cosa valgo mucho... Así es que no puedo aceptar su cariño.

ROD. Pongo en su conocimiento que mi prima y yo acabamos de romper las relaciones que veníamos sosteniendo y que solo se hallaban impuestas por la voluntad de nuestros padres.

M. EST. ¿Qué ha hecho usted?

ROD. Lo que me ha dictado el corazón.

M. EST. ¿Y ella ha consentido?

ROD. No se inquiete usted por eso. Leopoldina no me ama tampoco. Repito que solo se trataba de un proyecto de familia. Por lo demás, el amor, cuando es verdadero, no acepta distingos de clase. Se lo confieso con toda sinceridad... Me consideraría muy dichoso si pudiera, algún día, obtener su mano.

M. EST. Vale muy poco mi persona.

RODO. Para mí vale un tesoro...

M, EST. Aunque yo aceptara su ofrecimiento, nuestra unión sería irrealizable... Por lo que vale la familia de usted no quiero comprometer su tranquilidad.

RODO. La correspondencia de amor que yo le pido no es irrealizable... Para querer to-

dos somos libres... No se me ocultan las dificultades que se han de oponer al cumplimiento de nuestras esperanzas, pero con perseverancia y teniendo fe en el porvenir, todo se consigue... El amor me prestará recursos ingeniosos para convencer a mi familia.

M. Est. Lo creo imposible.

Rod. No. No es imposible...

M. Est. Cuando obtenga mi cariño quedará desencantado... Acaso entonces mi amor fuera muy grande y sería por usted desgraciada. No corramos el riesgo de una equivocación dolorosa... Que siga cada cual su destino. Yo ser muy feliz y contentarme con mis lecciones de inglés.

Rod. ¡Qué mal me juzga!... Quisiera poder demostrar lo contrario de lo que dice para desvanecer todas sus desconfianzas. Pongo al tiempo por testigo: pero es preciso que este transcurra para que me favorezca con su testimonio. ¿No le inspiran confianza mis protestas de cariño?... ¿No comprende que no hay ficción ninguna en mis palabras?...

M. Est. No atreverme a opinar.

Rod. Por qué inclina usted los ojos.

M. Est. ¿Me quiere usted verdaderamente?

Rod. Con toda mi alma.

M. Est. Lo pensaré.

Rod. Ahora... Ha de ser ahora.

M. Est. Calma, caballero, calma. Tratarse de un asunto muy grave.

ROD. ¿No es usted libre?... ¿Acaso ha dado ya su corazón a otro hombre? Esa fuera mi mayor desdicha.

M. EST. Libre soy. Puede usted estrechar mi mano.

ROD. (Besando apasionadamente la mano que le tiende ESTHER). ¡Gracias!... ¡Gracias!

M. EST. (Retirando la mano con viveza). La señorita.

ESCENA IX

Dichos y LEOPOLDINA por la izquierda.

LEOP. Bien, primo. bien... Ya veo que sabes aprovechar el tiempo.

ROD. He seguido tus consejos.

M. EST. ¡Perdón!

LEOP. Conste que yo no he visto nada... Absolutamente nada... Hoy no daremos lección. Hace un día expléndido. Propongo un paseo por el jardín... ¿Qué te parece?

M. EST. ¡Admirable!

LEOP. ¿Vamos, Esther?...

M. EST. Como gusten... (Vánse los tres por el foro izquierda).

ESCENA X

SERAFÍN, por la derecha, muy pensativo.

Has cometido la misma falta que el señorito Rodolfo... Eso no se pide. ¿Y por qué no se pide? Aqui está el enigma... ¿Qué inconveniente hay en que se pida un beso? Esto es lo que me confunde.

ESCENA XI

ichos y el CONDE y su hermano Don ANSELMO, por el foro dercho.

ONDE Serafín.

ERAFIN (Que sc halla en escena muda consigo mismo, sorprendido en sus cavilaciones) ¿Que manda el señor?

ONDE ¿No han venido los amigos que?...

ERAFIN Vinieron el Coronel Bertrand y el Vizconde la Fuente.

ONDE ¿Cumpliste mi encargo?

ERAFIN Sí; por cierto. Les dije que esperasen, que no tardaría usted en volver.

ONDE ¿Y ellos?

ERAFIN Dijéronme que volverían muy presto.

ONDE Está bien... Puedes irte.

ERAFIN Con su permiso...

ONDE No les detengas... Que pasen a su llegada. (Váse SERAFÍN, foro derecha).

ESCENA XII

EL CONDE, DON ANSELMO

CONDE Hablemos; pero no insistas en tu tema, porque es inútil. Me hallo resuelto a castigar a ese canalla.

D. ANS. Padeces una enfermedad crónica del corazón... No puedes batirte, y menos con un hombre fornido y vigoroso.

CONDE ¡Bah!

D. ANS. Te has arrebatado, Antonio, te has arrebatado. ¿Haber descendido, un noble de t alcurnia, hasta un domador de fieras?

CONDE Y la satisfacción de haberle abofeteado. ¿Ya, quién me la quita? ¡Atreverse a pone los ojos en Leopaldina!... ¡Mal rayo! ¿N se subleva tambien tu sangre?

D. ANS. Se subleva, pero no me quita la reflexión. Vas a batirte con notoria desventaja, esto no me satisface.

CONDE No hay quien te saque de esa porfía... N hay tal desventaja... ¿O crees que yo n tengo puños y corage para batirme?

D. ANS. No es eso, Antonio, no es eso. No se trata aquí del valor moral, sino de la entereza física... Cualquier desfallecimient del organismo podría costarte la vida. Tarde me has hecho la revelación de est suceso, porque de lo contrario.

CONDE ¿Qué osas decir?... Basta, Anselmo. E cuestiones de honor no debe mezclars para nada el cariño que me profesas, por que noto que es muy mal consejero. M he de batir con ese miserable aunqu pierda la vida...

D. ANS. ¿Pero no comprendes que?...

CONDE Para acabar... Invoco mis fueros... Soy e hermano mayor, y por consiguiente, e Jefe de la familia. Debes acatar mis decisiones.

D. ANS. Bueno, hombre; no te exaltes... Hágas tu voluntad.

CONDE Debieras decir... Comple con tu deber.

. ANS. Dalo por dicho. Salgamos de este bache. ¿Cómo has pasado la noche?

ONDE Mejor que nunca.

. ANS. ¿Respirando sin dificultad ni fatiga?

ONDE No sé por donde anda el corazón. Otras veces, por el digusto más insignificante, me molestó con sus redobles; pero ahora, nada, sigue su ritmo apacible y tranquilo.

. ANS. No es poca fortuna... Y dime. ¿Cómo pudiste llegar a la convicción de que ese saltimbanquis trataba de enamorar a Leopoldina?

ONDE Advertí que no dejaba de atisbarla cuando íbamos al Circo, sobre todo, cuando no nos veía juntos en el palco; solo que yo vigilaba sus propósitos desde otro lugar... Se le iban las miradas hacia Leopoldina hasta cuando hacía piruetas dentro de la jaula de sus leones.

. ANS. ¿Y sin más datos ni averiguaciones?...

ONDE Ver y creer, como dice Santo Tomás. Sin más datos ni averiguaciones salí a su encuentro para decirle..: Pocas palabras, señor mío... Los nobles a un lado... Los domadores de fieras a otro. Le prohibo que ponga los ojos en mi hija Leopoldina. La ofende usted con sus miradas... Me replicó con una inconveniencia y le estampé la mano en el rostro.

). ANS. ¿Y él que hizo?

ONDE Se puso lívido... Hizo ademán de arrojarse sobre mí lanzando un rugido; pero se contuvo y se alejó diciendo: Le man-

daré mis padrinos, señor Conde. Despu
de esto ¿cómo no aceptar su desafío?

D. ANS. Efectivamente. ¿Y Leopoldina?

CONDE Nada sabe.

D. ANS. ¿Claro es que no habrá dado motivo pa
que el otro?...

CONDE ¡Hum!

D. ANS. ¿Por qué haces ese gesto?

CONDE También le miraba, alguna vez, desde
palco. Leopoldina siente una decidida i
clinación hacia esa clase de espectáculo
Recuerda el trabajo que nos costó disua
dirla de su empeño loco, de adquirir aqu
león de largas melenas, que formaba pa
te de la *menagerie* de Redembak. Quer
llevárselo a nuestra quinta de recreo.

D. ANS. Ahora es cuando empiezo de veras a du
dar de tu buen juicio. Cierto que Leopo
dina es muy despreocupada; pero ent
eso que cuentas y lo que supones, media u
abismo.

CONDE No tanto... No tanto.

D. ANS. Leopoldina está enamorada ciegament
de mi hijo Rodolfo.

CONDE ¡Bah! yo creo que se hallán relacionado
solo, por puro compromiso. En fin, se
como fuere. No me arrepiento de habe
cortado por lo sano.

D. ANS. ¿Qué vas a decirla?... ¿Cómo piensas abo
dar con ella esta cuestión?

CONDE Algo dificultoso lo encuentro... Ya sabe
que adoro en Leopoldina, y no quisier
ocasionarla ningún disgusto innecesario

Su imagen flota en mi alma con resplandor de aurora; pero hay una nubecilla en ese cielo hermoso, y no quiero que se interponga, entre ella y yo, la menor desconfianza...

D. ANS. ¿Qué te propones?...

CONDE Deseo contemplarla en una explosión de dignidad herida... Necesito ver cómo se hiergue altiva su frente para rechazar mi acusación... Deseo que el ángel extienda sus alas para que pueda verse, con la mayor claridad, que se hallan libres de toda mancha.

D. ANS. Me adhiero a tu plan. Así es como podrás apreciar, plenamente, la injusticia de tus apreciaciones.

CONDE Aparentaré, al interrogarla, una gran severidad aunque me duela hacerlo...

ESCENA XIII

Dichos el CORONEL BELTRAN de uniforme, y el VIZCONDE DE LA FUENTE

VIZC. Salud, amigos.

CONDE ¡Hola, Vizconde! ¡Hola, amigo Coronel!

D. ANS. Bienvenidos.

VIZC. Bien hallados.

CORONEL ¿No hay novedad?

CONDE Ninguna.

D. ANS. Acaba de decirme que ha pasado muy bien la noche.

CONDE Sin la menor molestia.

CORONEL ¿De manera que el pulso?...

CONDE Fuerte y seguro.

VIZC. ¿Y el ánimo?

CONDE ¿El ánimo? ¡Bah!

D. ANS. ¿Qué hacemos de pie?... Tomemos asiento. (Se sientan).

CONDE ¿Supongo que?...

CORONEL Quedó concertado el duelo.

CONDE Muy bien.

D. ANS. ¿Qué arma se ha elegido?

CORONEL El florete.

CONDE ¡Magnífico!... Mariposeando se llega hasta el corazón... Poca sangre y mucha herida.

D. ANS. Fortuna ha sido.

VIZC. No hay que hechar las campanas al vuelo porque nos han informado que ese Guillermo Riedel es un tirador muy hábil.

D. ANS. ¡Hola!

CONDE ¿Soy yo manco?

VIZC. Qué has de ser manco. Pocos habrá que te igualen en el manejo del florete.

CONDE Siempre fué mi arma favorita.

CORONEL Sería conveniente que diésemos algunos asaltos, en la sala de armas, por vía de preparación y ensayo.

D. ANS. Dice bien el Coronel.

CONDE No hace falta.

VIZC. Siempre sería conveniente.

CONDE Tranquilizaos; tengo bien medidas mis fuerzas.

CORONEL La estocada baja, Antonio, la estocada baja.

VIZC. Tu golpe infalible.

CONDE No lo olvido.

VIZC. Mucha sangre fría.

CORONEL Y cuando creas llegada la ocasión... a fondo sin vacilar.

D. ANS. Todo estriba en que al llegar el momento crítico, no haga el corazón enfermo alguna de las suyas.

CONDE Dale con el corazón enfermo... El estado de mi salud es excelente... Además; en presencia de un hombre, armado con un hierro, se acrecen todas las energías... Nada temas mi querido Anselmo.

D. ANS. La naturaleza es flaca.

CONDE El espíritu puede más que la Naturaleza. Mi voluntad sabrá hacerse superior a toda ruin flaqueza... La enfermedad es un mito para estos casos... Yo creo que con dos o tres lances por el estilo, me curaba por completo.

CORONEL La estocadabaja, Antonio; la estocada baja.

CONDE Seguiré, en lo posible, tu consejo, agradeciéndote la advertencia. Ocupémonos, ahora, de algo más interesante. Supongo que el encuentro tendrá lugar mañana a primera hora.

VIZC. Al romper el día.

CONDE ¿Dónde? También lo presumo.

VIZC. En mi cercana quinta de recreo.

CONDE Venid a buscarme vosotros, muy de madrugada.

VIZC. Habíamos pensado, para evitar molestias, que nos fuésemos, hoy mismo, a la quinta. Pasaremos allí la noche.

CONDE Aprobado.

VIZC. Hemos dado aviso, también, al doctor Ramírez.

CONDE Perfectamente.

D. ANS. ¿Qué falta?

CONDE Algo muy importante. A vosotros, amigos del alma, no he debido ni he querido ocultar los motivos de este percance, pero doy por hecho que habréis seguido mis instrucciones...

CORONEL Tranquilízate. La causa oficial del duelo se ha hecho constar según convenimos. Una rozadura del carácter... Un codazo al pasar... Algunas palabras fuertes y...

CONDE La bofetada.

CORONEL Eso es.

VIZC. El nombre de Leopoldina no ha intervenido, ni necesita intervenir, para nada en el asunto.

CONDE Me habeis comprendido. Despidámonos.

CORONEL No, amiguito. Nos pides demasiados favores y tú no nos concedes ninguno, olvidando que la buena amistad se funda en un cambio recíproco de servicios.

CONDE ¿Qué deseais? ¿Qué podría yo negaros?

CORONEL Siendo así persisto en mi petición... A la sala de armas.

VIZC. Dice bien nuestro amigo.

CONDE Pero...

D. ANS. No seas rebelde, Antonio.

CONDE Esperad... Voy a prevenir a Leopoldina... El caso es que ella no se entere de nada hasta el final. (Toca el timbre).

ESCENA XIV

MARIETA por el foro derecha.

MARI. ¿Llama el señor?

CONDE ¿Dónde está mi hija?

MARI. De excursión por el jardín, haciendo ramos de flores con el señorito Rodolfo y la profesora.

D. ANS. ¿Anda por ahí también ese *bala perdida?*

MARI. Sí, señor.

CONDE Bueno; pues que sigan haciendo ramilletes. Si dan fin a la excursión antes de que acabemos nosotros, adviertes a tu señorita que no haga esta noche cuenta de ir al Circo aunque es función de moda. Ya sabrá luego los motivos, pero no hay inconveniente en que los sepa desde luego. Me voy con estos señores a pasar un día de campo. Esto al atardecer. Ahora nos vamos a la sala de armas para hacer un poco de esgrima.

MARI. Está bien, señor.

CONDE Vamos, amigos, vamos.

CORONEL Hemos de ensayar...

CONDE Sí, hombre, sí, la estocada baja. (Vánse por el foro derecha, menos Marieta).

ESCENA XV

MARI. Me sabresalta todo esto. ¿Por qué? No lo sé... Me ocurre como a la señorita. No es la primera vez que el señor Conde se va

de campo con sus amigos... Y a la sala de armas... no ha ido pocas veces.

ESCENA XVI

Dicha y LEOPOLDINA, por el foro izquierda con un gran ramo de flores.

LEOP. ¿Dónde va mi padre con sus amigos? Les he visto pasar por la galería.

MARI. A la sala de armas.

LEOP. ¿A la sala de armas?

MARI. Eso ha dicho.

LEOP. ¿Para qué?

MARI. Para hacer un poco de esgrima.

LEOP. ¡Ah! Sí. Ya he visto al Coronel, su acérrimo adversario... De seguro que han concertado algún asalto a florete, que es su arma favorita.

MARI. También me ha encargado, el señor, que le advirtiera a usted que esta noche no haga cuenta de ir al Circo, aunque es función de moda.

LEOP. ¿Y eso?

MARI. El señor Conde se va con sus amigos, al caer la tarde, para pasar un día de campo.

LEOP. ¡Me sorprende!

MARI. ¡No tiene nada de particular, señorita!

LEOP. ¿Lo crees tú así?

MARI. Otras veces también...

LEOP. Sí; pero ahora... La verdad es que no hay fundamento alguno para que se despierten en el alma estas inquietudes... Bueno;

pues no iremos al Circo y pasaremos la velada sin papá... Cómo ha de ser... Sin embargo... Sin embargo... El visible malhumor que trajo, anoche, mi padre...

MARI. Sí que vino malhumorado.

LEOP. La conferencia que celebró con estos mismos señores.

MARI. Cierto es que eran los mismos.

LEOP. Así no se organiza una fiesta campestre...

MARI. Eso digo yo.

ESCENA XVII

Dichas y SERAFÍN por el foro derecha con un diario.

SERAFIN ¡Señorita!

LEOP. ¿Qué traes Serafín?

SERAFIN Este diario que acaba de salir ahora, publica una noticia interesante.

LEOP. A ver. (Tomando el periódico). ¿Dónde?

SERAFIN Aquí.

LEOP. (Visiblemente emocionada después de haber leido). ¡Oh! Vete Serafín... Dame aviso cuando veas que papá despide a sus amigos.

SERAFIN ¿Es grave esa noticia?

LEOP. Vete... Vete... (Váse SERAFÍN por el foro derecha).

ESCENA XVIII

LEOPOLDINA, MARIETA,

LEOP. (Dejándose caer abatida en un sillón). ¡Ay de mí!

MARI. ¿Qué ocurre, señorita?

LEOP. Escucha... Escucha... (Leyendo). Cuestión pendiente... Se habla de un lance suscitado entre un noble señor, aristócrata muy conocido, y un artista famoso de látigo y revólver, que admira al público por su arrojo temerario en el Circo ecuestre... La naturaleza del asunto nos veda ser más explícitos.

MARI. ¡Ay, señorita!

LEOP. ¿Comprendes esto?

MARI. Se adivina al punto.

LEOP. ¿Mi padre y Guillermo?...

MARI. No cabe duda.

LEOP. ¡Van a batirse! El Coronel y el Vizconde son los padrinos...

MARI. No puede estar más claro.

LEOP. ¡Esa es la fiesta campestre!

MARI. Esa es.

LEOP. ¡Y mi padre enfermo!... ¡Qué horror!

MARI. Serenidad, señorita... Si no tenemos valor somos perdidas...

LEOP. (Levantándose nerviosamente). El auto... El auto en seguida,..

MARI. ¿Piensa irse?

LEOP. Quiero evitar ese duelo...

ESCENA XIX

Dichas y SERAFIN por el foro derecha.

SERAFIN Señorita... ya se despidieron.

LEOP. Vete, Marieta... Tú también, Serafín. Dejadme sola. (MARIETA váse por la derecha y SERAFIN por donde vino).

ESCENA XX

LEOP. Que no advierta mi turbación... Pero ¿dónde me apoyo para hacer frente al peligro que se avecina?... Hago fuerza y me falta la resistencia... Quiero resistir y me abandona la fuerza... Ya viene... Ya se acerca... ¡Ah! (Entresaca del ramo de flores una rosa).

ESCENA XXI

Dicha y el CONDE, muy gravemente, por el foro derecha.

CONDE ¡Leopoldina!

LEOP. Toma esta rosa, padre...

CONDE Preparada la tenías...

LEOP. Sí.

CONDE ¿Vas a engalanarme con ella?

LEOP. Sí.

CONDE (Mientras LEOPOLDINA le coloca la flor en la americana, dice): Me embelesa con la fragancia que despide... Bella es, en efecto... Parece que aún circula por sus pétalos la savia del rosal... Y más bella todavía si es emblema fiel del cariño de una hija adorada... Esto es lo dudoso.

LEOP. (Colocada la rosa, LEOPOLDINA siente que se desmorona su espíritu, y reclina la cabeza sobre el hombro de su padre, exclamando): ¡Padre!... ¡Padre!

CONDE (Sorprendido al observar aquel cambio). ¿Qué es esto, Leopoldina? ¿Por qué desmayas así?

LEOP. ¡Yo no puedo consentir que expongas tu

vida!... ¡Tú no puedes batirte con ese hombre!

CONDE ¡Ah! ¿Ya te llegó la noticia? ¿Quién ha sido el indiscreto?

LEOP. (Entregándole el periódico). Lee. (Luego toma asiento sollozando.)

CONDE (Después de haber leido). El reporterismo solapado.

LEOP. ¡Sería horrible!... ¡Sería monstruoso!... ¡Sería un crimen! (Sentada, sollozando).

CONDE (Aparte). ¡Pobrecilla! Casi me inclino a creer que Anselmo tiene razón y que he sido un arrebatado.

LEOP. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

CONDE ¿Sabes tú que este noble aristócrata soy yo?...

LEOP. Sí.

CONDE Y que ese personaje de látigo y revolver, es él?

LEOP. Sí. Sí.

CONDE. ¿Sabes, también, que por la alteza de nuestra cuna, la elevación de nuestra clase y el prestigio de nuestro nombre, tenemos que cumplir deberes inexcusables.

LEOP. Lo sé... Lo sé.

CONDE Examínate hasta el fondo de la conciencia. ¿Has cumplido tú esos deberes?

LEOP. Yo, padre, yo...

CONDE Contesta sin flaquezas ni desmayos.,. sin misterios ni anbigüedades...

LEOP. ¡Descarga tus iras sobre mi frente!... ¡Salga a tus labios la amargura que escondes!... ¡Hazme sentir todo el peso de tu

acusación, pero hiéreme de un solo golpe!... ¡De una sola vez!...

ONDE ¿Esa es toda tu defensa?... Yo voy a ser más severo contigo... Ya es preciso que sacudas tu dignidad de mujer... ¡Las hijas como tú no merecen padres como yo!

EOP. (Aparte). ¡Todo lo sabe!

ONDE ¿Aún no se hiergue altiva tu frente?... ¡Desgraciada!... ¿Qué has hecho de tu honor... El honor de los Condes de la Jimena?

EOP. (Cayendo de rodillas a los pies de su padre y cubriéndose el rostro oon las manos). ¡Perdón!... ¡Perdón!

ONDE (Contemplándola estupefacto). ¿Tú a mis pies, de rodillas?

EOP. ¡Piedad! ¡Piedad!

ONDE ¡Gran Dios!... ¡El ángel manchado... (Se deja caer desfallecido en una silla). ¡Qué golpe en el corazón!

EOP. (Acercándose a su padre). ¡Padre mío!

ONDE Aparta miserable... ¡No te acerques! (Arrancándose la flor que le diera LEOPOLDINA). ¿Es esta la flor de tu pureza? ¡Tómala, que está también manchada!

EOP. ¡Misericordia, Dios mío, misericordia!

ONDE ¡Me ahogo!... ¡Me ahogo!

EOP. ¡Marieta! ¡Serafín! ¡Socorro! ¡Socorro!

ONDE No llames... Que nadie se entere de mi afrenta.

ESCENA XXII

SERAFIN y MARIETA, aquél por el foro y ésta por la derecha luego RODOLFO y MISS ESTHER, por el foro izquierda.

SERAFIN ¿Qué ocurre?...

MARI. ¿Qué pasa?

ROD. (Dentro). Leopoldina...

LEOP. (Desde el foro). Venid... Venid...

SERAFIN ¡Señor Conde!... ¡Señor Conde!

MARI. Ay, Dios mío.

ROD. Aquí estamos.

LEOP. ¡Mi padre! ¡Mi padre!

ROD. ¡Tío!

LEOP. ¡Un médico!... ¡Un médico! ¡Telefonea a la casa de socorro, Serafín! (SERAFIN se acerca al teléfono que habrá en un ángulo para cumplir el mandato, diciendo con completa independencia del diálogo: Central... Central... Comunicación con la casa de socorro).

CONDE No... No.

LEOP. ¡Padre de mi vida!

CONDE ¡Te desconozco!... ¡No eres mi hija! No... No...

LEOP. (Cayendo desmayada en brazos de ESTHER) ¡Jesús!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

La decoración del Acto primero.

ESCENA PRIMERA

LEOPOLDINA, vestida de luto riguroso, sentada en un sofá, a la izquierda primer término En segundo término derecha, junto a una mesilla apuntando en un cuaderno de papel lo que el Notario va dictando, se halla un Escribiente. El Mayordomo, anciano venerable de cabellos blancos, va indicando los objetos de la sala que han de constar en el inventario.

MAY. Dos cuadros antiguos de Rembrant.

NOTARIO (Al Escribiente). Apunte usted.

LEOP. ¡Rembrand!... El pintor de los tonos fuertes, de sombra y luz...

ESCRIB. Ya está.

MAY. Una alfombra de terciopelo en buen uso.

NOTARIO (Después que toma nota el Escribiente). A otra cosa.

MAY. Consola y espejo estilo antiguo.

LEOP. Añada usted que son dos obras de talla de mucho valor artístico.

NOTARIO Se hará constar, señorita. (Pausa mientras apunta el Escribiente lo que le dicta el Notario).

MAY. Piano Erard.

LEOP. Mi magnífico piano... regalo de mi padre.

MAY. Una sillería completa estilo Luis XV.

LEOP. Auténtica...

MAY. ¡Ah! Sí. Auténtica.

LEOP. (Aparte). La adquirió mi abuelo.

MAY. Un reloj.

NOTARIO Adelante.

MAY. Un objeto primoroso... Un álbum de retratos.

LEOP. Ese objeto, no. Me pertenece.

MAY. Como usted quiera.

LEOP. (Aparte). Obsequio de mi madre. En ese álbum tengo su retrato. ¡Madre de mi vida!

MAY. Algunos otros objetos sin interés.

LEOP. Dejarlos. Lo principal ya se ha inventariado. A ver... (Tomando los apuntes que la entrega el Notario). Buena tarea nos dimos recorriendo, una por una, todas las habitaciones... ¡Qué lista tan larga!... Nadie sabe lo que posee hasta que un inventario se lo dice... El señor Notario dará fe de todo ello.

NOTARIO Con su permiso me retiro. El inventario, en limpio, quedará, mañana mismo, a su disposición.

LEOP. Así lo espero... Hasta mañana. (Vánse Notario y Escribiente por el foro derecha).

ESCENA II

MAY. ¡Ah, señorita! ¿Qué idea es la de usted?

LEOP. Voy a decírselo. Hace ya dos años, bien cumplidos, que murió mi padre. He guardado a su memoria la más rigurosa veneración. Mi vida se obscureció a su muerte... Este palacio ha sido un convento para mí. He vivido encerrada en mi gabinete como en el interior de una celda.

MAY. Así es la verdad.

LEOP. Rendido este tributo quiero emanciparme de la soledad y el misterio que tiene la vida del dolor.

MAY. ¿Nos abandona usted?

LEOP. Quiero viajar... Recorrer el mundo, y para realizar este objeto aspiro a la libertad más completa. He hecho donación, ante Notario, en favor de los pobres, de cuantos bienes heredé de mi difunto padre...

MAY. ¿Eso ha hecho usted?

LEOP. Mañana le entregaré ese documento con el inventario adjunto, para que usted los ponga en manos de mi tío don Anselmo, quien queda encargado de dar cumplimiento a mi voluntad.

MAY. ¿Así se desprende de tan cuantiosa fortuna?

LEOP. En beneficio de menesterosos y desgraciados. La donación se hace a nombre de mi padre... ¡Cúbrase su tumba de bendiciones!

MAY. ¿Y usted?

LEOP. Me sobra con la dote de mi madre. A su debido tiempo se enterará usted de la parte que le asigno en el reparto.

MAY. ¿La señorita se ha acordado de este pobre viejo?

LEOP. Naturalmente... Y de todos los servidores de la casa. Por lo que a usted toca, no tendrá ya que preocuparse, en lo que le resta de vida, de sus medios de subsistencia...

MAY. Quisiera que me otorgara una merced.

LEOP. ¿Cuál?

MAY. Que me diera a besar su mano.

LEOP. (Tendiéndole la mano). ¿Y por qué no?

MAY. ¡Gracias!... ¡Gracias!... (Llorando).

LEOP. Me conmueve y no estoy para emocionarme... ¡Váyase! ¡Váyase!

MAY. ¡Bendita sea una y mil veces, señorita! (Váse MAYORDOMO muy conmovido por el foro derecha).

ESCENA III

LEOP. ¡Padre!... ¡Padre!... ¡Para tí son las lágrimas de gratitud que derrama ese pobre viejo!... ¡Fue siempre tu servidor más leal!...

ESCENA IV

Dicha, SERAFIN y MARIETA, muy compungidos, por el foro izquierda.

LEOP. ¿Por qué llorais? ¿Qué os sucede?

SERAFIN Que lo diga Marieta.

MARI. Que lo diga Serafín.

LEOP. Ya comprendo. Sentís dejar mi compañía.

MARI. Eso.

SERAFIN Eso.

LEOP. ¿Os aflijís porque os he despedido?

MARI. ¿Le parece a usted poca desgracia?

LEOP. Marieta, Serafín... Yo también lo siento, porque os aprecio mucho; pero no queda otro remedio.

SERAFIN Es que nosotros habíamos pensado que... que... no me atrevo a decirlo.

LEOP. Dilo con entera libertad.

MARI. (Aparte a SERAFIN). Animo, Serafín... Recuerda que eres hijo de Málaga.

SERAFIN Hemos pensado que usted, vaya donde vaya, no ha de poder pasarse sin doncella... Y, lo que dice Marieta... Para servir a usted no ha de encontrar otra mejor que ella... Y como donde va la soga va el caldero... Y como Marieta y yo nos apreciamos una miaja, y ella es la soga que me tiene cogido por el caldero del alma... quiere decirse, que donde vaya Marieta no han de faltarle alrededores a Serafín para ganarse la vida... Y así, ni Marieta se separa de usted, ni yo de Marieta.

LEOP. Me llenáis de asombro. ¿No es mucho mejor para vosotros hacer uso del pingüe reparto que os señalo en el donativo que hago en nombre de mi padre? Con ese dinero podéis casaros y vivir con entera independencia.

MARI. Se lo agradecemos mucho...

SERAFIN Muchísimo.

MARI. Pero...

SERAFIN Pero...

LEOP. Dígalo uno cualquiera de los dos.

MARI. Como el señor Conde al morir se mostr tan ofendido...

LEOP. Sigue.

MARI. Y como yo era el correo de la señorita..

LEOP. Acaba.

MARI. Pensando... pensando, he caído en l cuenta de que los mismos motivos qu debe tener la señorita para renunciar a l herencia de su señor padre, debo yo también tenerlos para no disfrutar de ella aunque sólo sea en parte.

SERAFIN Eso está más limpio y claro que una plata

LEOP. ¿Y qué pensáis hacer de ese dinero qu ya os pertenece?

MARI. Que lo disfruten los pobres.

SERAFIN Y que lluevan bendiciones sobre la sepultura de su señor padre...

LEOP. ¡Admirable!... ¡Admirable, amigos míos!.. Tan noble adhesión os grangea mi reconocimiento más profundo; pero fuerza es que lo sepáis... Mi renuncia por los esplendores del gran mundo es completa...

SERAFIN ¿Y eso qué importa, señorita? Ya tenemos orillada esa dificultad.

LEOP. ¿Cómo?

MARI. (Aparte a SERAFIN). Ten valor... Recuerda que eres hijo de...

SERAFIN De Málaga... ¡Ya lo sé!

LEOP. ¿Cómo la habéis orillado?

SERAFIN Marieta seguirá siendo su doncella. De soldada no hay que hablar desde ahora.

Ella tiene algunos ahorrillos y yo los tengo también para ella...

LEOP. Tendré que deciros toda la verdad. Mi vida será un azar constante... Hoy aquí... Mañana allá... por teatros y circos, siempre en continuo movimiento...

SERAFIN Precisamente, eso es lo que más nos gusta a Marieta y a mí... El movimiento continuo.

LEOP. ¿Qué dices tú a eso?

MARI. Que dice muy bien Serafín.

SERAFIN Me haré gimnasta... A trabajar en el trapecio y hacer maravillas en la barra fija nadie me gana... ¿Y para hacer de clown?... ¡Anda!

LEOP. ¿De verás?

SERAFIN Ya lo creo.

MARI. (Aparte). Me deja sorprendida.

LEOP. ¿De manera que a vosotros no os asusta la vida de los bohemios?

MARI. Nada nos asusta.

SERAFIN La gran vida, señorita.

LEOP. ¿Habéis dicho que os queréis un poco?

SERAFIN Un pocazo... Yo le hago alguna fiesta y ella me paga con alguna bofetada... Y así estamos...

LEOP. Entonces no se hable más del asunto. Seguireis en mi compañía y os vendreis conmigo.

SERAFIN ¡Victoria!... ¡Victoria!...

MARI. ¡Gracias, señorita, gracias!...

LEOP. ¿Otra emoción?... Dejadme... Dejadme... Voy a la capilla para decir mis oracio-

nes... Si ínterin viene alguno, que espere (Vase LEOPOLDINA por la izquierda).

ESCENA V

SERAFIN y MARIETA

SERAFIN Marieta, hemos triunfado.

MARI. Por esta vez te perdono la mentira que has dicho.

SERAFIN ¿Qué yo no trabajo en el trapecio? ¿Qué no hago prodigios en la barra fija? ¿Qué no se hacer de clown?

MARI. En flojo compromiso te has metido.

SERAFIN Cuando la señorita quiera, aquí estoy yo para hacer el debut.

MARI. ¿Y cuándo has aprendido todo eso?

SERAFIN Siendo muchacho. Has de saber que yo vine al mundo haciendo piruetas y dando saltos como una cabra.

MARI. No lo creo.

SERAFIN Por que no me has visto trabajar.

MARI. Si tanto sabes haz algo en mi presencia para que yo me persuada de tu mérito.

SERAFIN ¿Cómo?

MARI. ¿No dices que sabes hacer de clowns?

SERAFIN Esa es mi especialidad... No hay otro más gracioso en el Mundo...

MARI. ¿Y lo dices formal?

SEFAFIN Y tan formal.

MARI. Vamos a verlo. Saca la gracia.

SERAFIN (Con cómica gravedad). Marieta... Eso no se pide.

MARI. ¡Ah, pillo!

SERAFIN Después de muchas cavilaciones he comprendido que un beso no se pide; se toma. Pues con esto de la gracia ocurre lo mismo.

MARI. Un beso se toma, pero es luego de haber pasado por la Vicaría.

SERAFIN Bueno; pues cuando hayamos pasado por la Vicaría sacaré yo también la gracia... (Vase, SERAFIN por el foro derecha imitando en el movimiento de las manos el juego malabar, hecho con bolas).

MARI. ¡Vaya una burla que estás haciendo!

SERAFIN (Desde el foro). Recoje la bola, que se me ha caído.

ESCENA VI

MARI. ¡Tunante!... ¡Trapalón!.. Malagueño ... (Pausa). Que se burle... No importa... Con sus mentiras o no, ya hemos conseguido lo que deseábamos. Continuaremos al servicio de la señorita. Esto es lo principal... ¿Quién viene?

ESCENA VII

Dichos, RODOLFO y ESTHER, ricamente vestida por el foro derecha. En p os SERAFIN.

SERAFIN Aquí está Marieta... ¡Ella les dirá!.. (Vase luego).

MARI. Pasen, pasen los señores.

M. EST. (Al tomar asiento junto a RODOLFO). ¿Qué tal, Marieta?...

MARI. Sin novedad... Muchas gracias... ¿Y cómo les ha ido el viaje a los señores?

ROD. Perfectamente... Madrid está lo mismo que lo dejamos... ¿No habrá habido novedad en esta casa?

MARI. Ninguna.

M. EST. ¿Leopoldina?

MARI. Buena... No tardará en salir... Tiene por costumbre rezar a estas horas en la capilla.

M. EST. No hay que interrumpirla.

ROD. Esperaremos.

MARI. Ya teníamos noticia de que los señores deberían llegar de un momento a otro.

ROD. Le escribimos a mi prima que llegaríamos hoy, pero se anticipó el viaje.

M. EST. Lo adelantamos un día.

MARI. La ausencia ha durado más de dos meses..

ROD. Y algunos días.

M. EST. Pasarse el tiempo sin sentir viajando.

MARI. La señorita sigue haciendo la misma vida.

ROD. ¿No se determinó a salir de casa todavía?

MARI. Desde que faltó el señor Conde, aún no ha salido.

ROD. Hora es ya de que se decida a poner fin a un luto tan riguroso.

M. EST. Eso debiera hacer...

MARI. Por ahora nada la distrae... Don Anselmo...

ESCENA VIII

Dichos y DON ANSELMO. por el foro derecha. MARIETA vase por la segunda derecha.

D. ANS. ¡Rodolfo!... ¡Esther!

OD. ¡Grata coincidencia, papá!... Acabamos de llegar.

. EST. En este instante.

. ANS. ¿Y Leopoldina?

OD. En sus rezos...

. ANS. ¡Ah! ¿En sus rezos?

OD. Eso nos ha dicho la doncella... Pronto acaba.

. ANS. Hace bien en impetrar la gracia divina porque... Sentémonos. (Toman asiento).

OD. ¿Parece que vienes disgustado?

). ANS. Lo estoy, y me alegro de hallaros solos para preveniros antes de que hablemos con Leopoldina.

I. EST. ¿De qué se trata?

ROD. Nos pones en ansiedad.

). ANS. A ver si entre todos podemos convencerla de la necesidad en que se encuentra de dejar a Madrid inmediatamente.

ROD. ¿Y eso, papá?

M. EST. ¿Qué ocurre?...

D. ANS. ¿Con quien diréis que me he cruzado esta mañana apenas salí a la calle?

ROD. ¿Con quién?...

D. ANS. Con el funesto personaje que tanto influyó en la muerte de mi pobre hermano.

ROD. ¡Guillermo Riedel!

M. EST. ¡El domador de leones!... ¡oh!

D. ANS. El mismo. Luego he sabido que su presencia en Madrid obedece a su plan de exhibirse de nuevo en el Circo...

ROD. Papá... Yo creo firmemente que mi prima ya no se acuerda de ese hombre.

D. ANS. Para evitar escándalos y murmuraciones

debe Leopoldina poner tierra por medi[o] entre ella y ese aventurera. Esto demos[-]trará, además, que ya no le inspira ningu[-]na simpatía... Otrosí... Quien quita l[a] ocasión quita el peligro... Puede haber[se] extinguido esa llama y renovarse co[n] nuevo combustible.

ROD. Ya está aquí. (Todos se levantan para saludarla.)

ESCENA IX

Dichos y LEOPOLDINA por la segunda izquierda.

LEOP. ¡Qué sorpresa tan agradable!... ¿En Madrid vosotros? ¡Yo os esperaba mañana!.

ROD. Llegamos ayer tarde.

LEOP. ¡Viaje de luna de miel!

M. EST. Completamente feliz.

LEOP. Cuán caro de ver, tío... Ya pensé que no vendrías jamás a verme...

D. ANS. Culpa a las circunstancias... He venido para hablarte muy seriamente; aquí, en el seno de la familia.

LEOP. Ya veo que traes cara de juez... Sentaos... sentaos... Yo ocuparé el banquillo de los acusados. (Se sientan). Tienes la palabra, tío... Es decir; supongo que vosotros no tendréis que comunicarme nada interesante que no se refiera a vuestra dicha y consiguiente viaje de novios?...

ROD. Así es.

M. EST. Nosotras ya hablaremos, largamente, en otra ocasión.

LEOP. ¿Sois dichosos?

. EST. Mucho.

OD. Mucho.

EOP. Eso es lo principal... Ya te escuchamos, tío.

. ANS. Guillermo Riedel está en Madrid.

EOP. ¿Cuando le has visto?

. ANS. Esta mañana.

EOP. ¿Y bien?...

. ANS. Ya veo que no te sorprende la noticia. ¿Qué quiere decir eso?

.EOP. Que ya me era conocida, tío.

). ANS. ¿Lo sabías?

.EOP. Sí.

). ANS. ¿Luego estás en relación todavía con ese hombre?

.EOP. Ni puedo ni me conviene negarlo.

). ANS. ¿Lo ves, Rodolfo?

ROD. No te sulfures, papá... Mi prima dará explicaciones...

LEOP. Una solo, tan justa y precisa, que satisface a todas las exigencias... Guillermo y yo siempre hemos tenido relaciones por escrito... Para abreviar, tío... Hemos optado, de común acuerdo, por el vínculo más honrado y decoroso que puede unir nuestros destinos... Hemos resuelto contraer matrimonio.

D. ANS. ¿Qué osas decir?

LEOP. La verdad, tío... Perdona si te ofende mi sinceridad.

D. ANS. ¡Esa unión es imposible!

LEOP. ¿Por qué?

D. ANS. Porque entre ese domador y tú se levanta la sombra airada de tu padre...

Leop. Cálmate...: Reflexiona con serenidad en la resolución que hemos adoptado, y te convencerás de que es la única que soluciona el conflicto de mi vida, dado el amor que Guillermo ha sabido inspirarme.

D. Ans. Ese Guillermo Riedel no es digno de tí.

Leop. ¿Por qué razón?... ¿Porque no puede ostentar un título de nobleza?

D. Ans. No. No es por eso... No me otorgas la justicia que merezco por mis actos. Vivo y en tu presencia tienes el ejemplo. Tampoco Esther viene de familia noble y, sin embargo, es la esposa de tu primo Rodolfo, futuro Duque del Olmo... Ya ves que no he sido riguroso al apreciar las diferencias de clase,..

Leop. Entonces no me explico la excepción.

D. Ans. Ese aventurero no es digno de tí, porque no es un hombre de bien... Más todavía... no es un sujeto de honor.

Leop. Ya tiene bastante con ser domador de leones... Lo demás...

D. Ans. ¿No das crédito a mis palabras?

Leop. La duda es permitida.

D. Ans. Esther, refiere los informes que adquiriste en Londres.

Rod. Papá, por lo que más aprecies en el mundo, te ruego que no hagas intervenir a mi esposa en este asunto.

D. Ans. Calla tú Rodolfo... Este asunto encierra una inmensa gravedad para el honor de la familia, y se halla sobre todos los demás, respetos y consideraciones. Habla Esther...

. Est. Papá...

EOP. Obedece a mi tío... ¿Qué informes son esos?

. Est. Tratarse de materia muy delicada...

EOP. No importa... ¿Valga la buena intención.

. Ans. ¿A qué esperas?

. Est. Cuando yo residía en Londres, estuvo allí ese famoso domador exibiendo sus leones... Tuvo algunos desafíos y se hizo pública su fama de libertino... burlador de muchachas... jugador... pendenciero... vicioso... (Pausa).

EOP. ¿Nada más?

. Est. ¡Perdón!...

. Ans. ¿No se enciende tu cara de vergüenza?

EOP. Hay que tener en cuenta la vida que hace y la índole de su profesión...

. Ans. ¿Le disculpas?

EOP. El látigo doma a las fieras... El amor de una a los hombres... Este es el mérito, domar a un domador.

. Ans. Cuanto eres lo debes a tu padre... Por él nadas en la opulencia y eres Condesa de la Jimena. .

EOP. (Levantándose). (Todos la imitan). ¡Ya no soy Condesa de la Jimena!

. Ans. ¿Qué dices? ¿Niegas tu sangre? ¡Miserable!

I. Est. ¡Papá!... ¡Papá!

OD. ¡Por Dios, ten más calma!

EOP. (Saca un documento notarial do uno de los cajones de la consola). En este documento notarial consta que hago renuncia de la herencia

de mi padre, en favor de los pobres. Guárdalo por que se ha escrito para tí (Entregándole el documento a D. ANSELMO).

D. ANS. ¿Abandonas tus derechos?

ROD. ¿Qué has hecho, Leopoldina?

LEOP. Renuncio á todo título de nobleza... Me llamo Leopoldina a secas. Quiero ejercer mi derecho al amor y a la vida sin trab de ninguna especie... Me siento llena d juventud... Palpita mi corazón... Se aca lora mi espíritu... Se diviniza la image de mis ensueños... ¡Soy amor!... ¡So luz!..r ¡Soy vida!... ¡Dejadme vivir!... ¡De jadme amar!... ¡No matéis mi esperanza!..

D. ANS. Desventurada... No te hagas ilusiones.. Tu destino se ha tronchado.

LEOP. Lucharé contra el destino.

D. ANS. Serás inocente y te creerán culpable.

LEOP. No importa.

D. ANS. Honrada vivirás en la deshonra.

LEOP. Me protegerá la conciencia.

D. ANS. Y la memoria de tu padre. ¿Tan poco l estimas que así la encarneces?

LEOP. Por volverle a la vida diera la mía en sa crificio... Pongo por testigo a Dios a quien acabo de elevar mis preces.

D. ANS. Mi sangre es su sangre... Mi nobleza es su nobleza... Mis sentimientos de honor son sus propios sentimientos... Tu padre es quien habla para decirte. Leopoldina, no dejes tu deber incumplido... Respeta tu honor que es el honor de los Condes de l Jimena.

EOP. Te oigo absorta y te comtemplo estremecida... Cierto es que parece que haya en tí revivido la imagen de mi padre... Con aquella palidez y aquel temblor convulso y aquella profunda indignación...

. ANS. Sigue... Sigue...

EOP. ¿Y si cayera a tus pies de rodillas?... ¿Y si yo te dijera que ese hombre?...

. ANS. ¿Qué significan esas palabras?

EOP. Nada... Nada... Terminemos... Mi casamiento con Guillermo Riedel es necesario... Más necesario todavía que la pasión que me ha inspirado.

. ANS. ¿Así acabas?

EOP. No puedo seguir otra conducta.

. ANS. Entonces te arrojamos del seno de la familia.

EOP. Cúmplase vuestra voluntad.

OD. ¡Piedad, padre!

. EST. Perdónala.

. ANS. Guardad silencio y respetad mis decisiones... Leopoldina. Desde hoy como si hubieras muerto para nosotros.

EOP. Tu mandas. (Con acento muy firme aunque dolorido).

. ANS. (Cada vez con mayor energía). No esperes ni un saludo.. ni siquiera un recuerdo de ninguno de tus deudos y parientes.

EOP. A todo me resigno.

. ANS. Vamos a respirar un ambiente más puro... Aquí se ahoga la dignidad y se asfixia la virtud. Adiós para siempre. (Vánse DON ANSELMO, RODOLFO y ESTHER por el foro derecha).

ESCENA X

LEOP. ¡Adiós mi rango de Condesa! ¡Dorado blasones de mi familia! ¡Orgullo de mi raza! ¡Brillo de mi linaje!... Adiós para siempre... Para que pueda obtener la libertad no tengo más remedio que hacer pedazos mi jaula de oro.

ESCENA XI

MARIETA por el foro.

MARI. ¡Señorita!.
LEOP. ¿Qué hay?
MARI. Tiene usted visita.
LEOP. No recibo a nadie.
MARI. Es él, señorita, es él.
LEOP. ¿Quién?
MARI. Guillermo.
LEOP. Por fin... Dale entrada y que espere aqu algunos instantes. (Váse por la izquierda y MARIETA por el foro derecha).

ESCENA XII

(Aparecen por el foro derecha GUILLERMO y MARIETA)

MARI. Dice la señorita que haga usted el favo de esperar aquí unos minutos.
G. RIED. Con mucho gusto. (Váse MARIETA por dond vino).

ESCENA XIII

G. RIED. ¡Siento que me palpita el corazón! ¡Est

impone más que la presencia de una fiera!... ¡Qué ambiente tan delicado! Me encuentro en la morada de la opulencia... ¡De la mujer hermosa!... Y Leopoldina lo es... *¡Gran bocatto!*... ¡Eh! ¡Qué te deslizas, Riedel!... ¡No debes considerar esta conquista como otras muchas!... Leopoldina ha recibido una educación muy esmerada... Tiene instintos muy delicados y cualquier salvajada de las mías podría desencantarla... Yo se lo que son estas cosas... De la ilusión al desengaño se pasa con mucha facilidad... Debo comprimirme todo cuanto sea posible, para que nunca se trasluzca, debajo de mi porte elegante y de hombre de mundo, al domador de leones... Después de casados ya será otra cosa... Pasaré el tiempo hojeando este album... ¡Ramos de perlas incrustadas sobre nacar y marfil!... ¡Vaya una joya!... Debe valer, por lo mucho, treinta mil francos... A ver por dentro. (Hojea el album). ¡Esta es toda una señora!... ¡Magnífico retrato!... ¡Y se parece a Leopoldina!... ¡Debe ser la mamá!... ¡Qué aire tan distinguido! ¡Como el de su hija!... (Pasa la hoja). ¿Qué miro? ¡Esther! Sí. Ella es... La misma... La que iba algunas noches con Leopoldina al Circo... Mi conocida de Londres... ¡Mi espiga de oro!... Ya voy atando cabos. ¡Se trata de la profesora de inglés que ha matrimoniado con Rodolfo... un joven millonario, y Duque por añadi-

dura!... ¡Peripecias de la vida!..: Vaya na-die a decirle a ese aristócrata que se le ha anticipado un domador de leones... ¡Silencio!... ¡Silencio!

ESCENA XIV

Dicho y LEOPOLDINA por la izquierda.

LEOP. (Al salir alargándole la mano). ¡Guillermo!

G. RIED. ¡Leopoldina!

LEOP. ¿Viniste al fin?...

G. RIED. Aquí me tienes.

LEOP. Toma asiento. (Se sientan).

G. RIED. Dos años de ausencia, como si dijéramos dos siglos.

LEOP. ¿No me olvidaste?

G. RIED. Eso nunca.

LEOP. Entonces, Riedel, no malgastemos el tiempo en tiernas escenas ne amor, impropias de las circunstancias.

G. RIED. Tu dispones... Guillermo no tiene más voluntad que la tuya.

LEOP. Ya sabes que por tu amor me he enemistado con toda mi familia, renunciando a los honores que me ofrecía mi alta posición social.

G. RIED. ¿Has renunciado, también, a la cuantiosa herencia de tu padre, como me decías en una de tus cartas...?

LEOP. Lo hice ante Notario.

G. RIED. ¿Luego ya eres pobre?

LEOP. No tanto.

G. RIED. ¿Qué has reservado para ti?

EOP. La dote de mi madre...

. RIED. ¿Prendas y alhajas?

EOP. Y dinero también.

. RIED. Pobre o rica, tu persona es lo que ambiciono.

EOP. No podremos vivir en la opulencia...

. RIED. No importa.

EOP. Tendremos que trabajar.

. RIED. Trabajaremos...

EOP. ¿Juras amarme siempre, Riedel?

. RIED. Lo juro por las melenas de Goliat, mi león favorito... ¡Ah! Dispensa... No sé si será de tu agrado tal juramento.

EOP. No podrías haber hecho otro mejor. ¡Bien por las melenas de tu león favorito! Me gusta que no disfraces tus sentimientos. Exprésate según eres en tu propia intimidad. Yo te amo, acaso, por lo mismo que tú crees que no debiera amarte... Si no fueses domador de leones, no te amaría probablemente.

G. RIED. ¿De veras?

LEOP. Siempre que pienso en tí, veo tu imagen arrogante, con el látigo en la diestra, fustigando a las fieras, extremeciéndolas con tu grito vigoroso.

G. RIED. (Entusiasmado sin poderse contener). ¡Oa! león.

LEOP. Así es como te quiero.

G. RIED. Me descubres tu alma. Hemos nacido el uno para el otro.

LEOP. Tendrás que poner término a tu vida de aventuras y galanteos.

G. RIED. Viviré para tí únicamente.

LEOP. Amante tiernísima, te enviaré con mis besos el hálito de mi corazón.., ¡Celosa, seré más terrible que el león de las selvas!.

G. RIED. Si te soy infiel... mátame.

LEOP. Uniremos nuestro destino.

G. RIED. Si no has mudado de opinión nos casaremos en Montpeller.

LEOP. ¿Piensas trabajar en Madrid?

G. RIED. Por poco tiempo.

LEOP. No exhibas aquí tus leones.

G. RIED. Fuerza es que lo haga.

LEOP. ¿Por qué?

G. RIED. Porque se han resentido mis fondos. No he tenido fortuna en América.

LEOP. ¿Cuánto piensas ganar?

G. RIED. ¿Aquí?

LEOP. Por término medio...

G. RIED. Unos quince mil francos.

LEOP. (Sacando de una consola una carpeta). Toma Veinte mil... No trabajes en este Circo.

G. RIED. Leopoldina...

LEOP. Sin escrúpulo alguno. Hazte cuenta que ya eres mi esposo.

G. RIED. ¿Pero tanto dinero?...

LEOP. ¿No te dí ya un tesoro que vale más?

G. RIED. Tienes razón.

LEOP. Vete con tus leones a Montpeller...

G. RIED. Montpeller será nuestra dicha.

LEOP. Y algo más.

G. RIED. Brillan tus miradas. ¿Dime tu pensamiento?

LEOP. Vamos a ganar un río de oro, haciendo la *tourné* por todo el Mediodía de Francia hasta llegar a París.

G. RIED. ¿Un río de oro?

LEOP. En Montpeller haré mi debut.

G. RIED. ¿Un debut?

LEOP. Quiero ser domadora.

G. RIED. ¡Corpo di!... Dispensa.

LEOP. Jura cuanto quieras.

G. RIED. ¡Qué pensamiento tan colosal! ¿Te atreverías a penetrar en la jaula de mis leones?

LEOP. Ya lo creo.

G. RIED. ¿Tú?

LEOP. No me conoces...

G. RIED. Ciertamente que entre los dos absorveríamos la atención del público, mas yo no debo consentir en que arriesgues la vida.

LEOP. ¡Bah! ¿Es o no cierto que no tienes más voluntad que la mía?

G. RIED. Valga mi palabra... Negocio hecho.

LEOP. (Levantándose). Entonces a nuestro plan. Abandona enseguida a Madrid.

G. RIED. Mañana mismo.

LEOP. Muy bien.

G. RIED. Leopoldina ¡Qué hermosa estás!

LEOP. Alto, Riedel.

G. RIED. ¿No quieres hacerme dichoso?

LEOP. En esta casa, no. Se interpone entre ambos una sombra ofendida. Respetémosla.

G. RIED. Como quieras; devoraré mis ansias de amor.

LEOP. Adios, Guillermo.

G RIED. ¡Hasta la vista, en Montpeller!

LEOP. ¡Hasta la vista, en Montpeller! (Vase GUILLERMO por el foro).

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO TERCERO

La escena representa una habitación, perteneciente a un ric
y opulento hotel de París. Salidas al oro y laterales.

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón aparece GUILLERMO por el foro.

G. RIED. (Llamando). Marieta.

MARI. (Saliendo por la derecha). Señor...

G. RIED. ¿Aún no ha vuelto la Señora?

MARI. No debe tardar.

G. RIED. ¿Cuándo recibió el aviso de la modista?

MARI. Hace una hora escasa.

G. RIED. ¿Para arreglar los defectos de un traje no había bastante con media hora? Corpo di Bacco.

MARI. Se habrá entretenido...

G. RIED. Bueno. Vete (Vase MARIETA por la derecha).

ESCENA II

G. RIED. (Dando paseos por la escena). Han fracasado

mis tentativas... Nadie me presta dinero en plazo tan perentorio. ¿Dónde adquiero yo cinco mil francos para sacar del compromiso a mi espiga de oro?... No me queda otro recurso que apelar de nuevo a las alhajas de Leopoldina... (Pausa). ¡Malditos azares del juego! ¡En un instante perdí ayer todo mi capital! (Pausa). De buena gana le pegaría un sablazo a Mister Howart... Ese viejo archimillonario se ha enamorado de mi mujer. Se le encienden los ojos cada vez que la mira; pero no lo encuentro decoroso... A no ser que la necesidad me apriete tanto que...

ESCENA III

Dicho y LEOPOLDINA con elegante abrigo y sello característico de artista opulenta, por el foro.

G. RIED. Te esperaba con ansia.

LEOP. ¿Tú?... (Llamando). Marieta. (Sale MARIETA por la derecha y toma el abrigo y sombrero que lo entrega su ama. Luego váse y se sienta LEOPOLDINA).

G. RIED. (Sentándose junto a ella). Amor mío. Tenemos que hablar.

LEOP. ¿De amor?... No lo creo.

G. RIED. ¿Qué sabes tú?... Mi Leopolda está sobre todo.

LEOP. Menos sobre el tapete verde.

G. RIED. Me sales al paso.

LEOP. Te adivino, Riedel... Como de costumbre has jugado.

G. RIED. Eso es, prenda mía, eso es.

LEOP. Y, naturalmente, has perdido.

G. RIED. Merezco tus reproches... Lo confieso.

LEOP. Apenas hace un mes que nos hallamos e París...

G. RIED. ¿Vas a contarme, por centésima vez, l historia que ya tengo olvidada de puro sa bida?

LEOP. Y tus promesas incumplidas ¿no se han re petido ya más de ciento una?

G. RIED. Abrevia el relato. Te lo suplico.

LEOP. Nos casamos en Montpellier...

G. RIED. Por Dios, Leopolda; que no se lo está refiriendo al público de un Teatro par que se entere.

LEOP. Hice allí mi début y obtuvimos un éxit enorme... Ocurrió, exactamente, lo que te predije en Madrid... Que ganamos un río de oro en nuestra tournée:.. Llegamos a París, y en este Teatro-Circo, hacemos una campaña brillantísima... ¿Dónde están las ganancias?... Se han evaporado sobre el tapete verde... La baraja se ha llevado también gran parte de la dote que me dejó mi madre... De mis alhajas, no hablemos... Sólo me quedan las reliquias... ¿Qué quieres jugarte ahora, Riedel?

G. RIED. Escúchame y ten paciencia, porque deseo llegarte al alma... Anoche quedó mi palabra en un formal empeño por cinco mil francos... Confiando en el maldito rescate, jugué bajo esa fianza, y hoy me veo precisado a pagar mi deuda irremisiblemente.

LEOP. ¿Y cómo?

G. RIED. Antes de reclamar tu auxilio he agotado todos mis recursos... ¡Estoy desesperado, Leopoldina! No he podido conseguir mi objeto y he de dar cumplimiento a mi promesa hoy mismo.

LEOP. Hazlo, si te es posible.

G. RIED. Me haces mucho daño empleando tan crueles ironías... Con dulzura aún podrías redimirme de esta maldita pasión.

LEOP. Así, dulcemente, me has conducido a la ruina.

G. RIED. No pareces mi esposa... Con ese carácter no se va a ninguna parte.

LEOP. Bien me has llevado a tu lecho y a tu jaula de leones.

G. RIED. Es verdad... Tienes más talento que yo y no puedo discutir contigo... Vas ha ser buena para mí, Leopoldina... Sácame ahora de este terrible compromiso y te prometo no molestarte más en todos los días de mi vida.

LEOP. Esa misma promesa ya me la hiciste en Montpellier... luego, en Tolosa... después, en Orleans, y aquí, en París, ya he perdido la cuenta.

G. RIED. Pero nunca fué mi apuro tan grande como ahora... ¡Líbrame de esta desesperación, Leopolda mía!

LEOP. No.

G. RIED. ¿Cómo que no?

LEOP. Algún día tenía que ser...

G. RIED. ¿De modo que?...

LEOP. Lo dicho.

G. RIED. Me dan tentaciones...

LEOP. (Levantándose para erguirse con gran dignidad) Cuidado, Riedel, cuidado. Un hombre de corazón no debe poner nunca la mano sobre su esposa, como no sea para matarla.

G. RIED. ¿Así me humillas? ¡Me avergüenzo de ser hombre!

LEOP. (Sentándose de nuevo). Acudo a mi defensa. Yo jamás daré motivo a que pongas la mano en mi persona, por lo único que pudieras hacerlo. Respondo de mi lealtad conyugal.

G. RIED. Respondo de la mía.

LEOP. Eso ya es más dudoso.

G. RIED. ¡Ah! vamos. Ya parecieron tus celos... Así me explico la indocilidad de tu carácter.

LEOP. No me ofendas con tus aventuradas suposiciones. (Se dirige a la mesilla sobre la cual deben hallarse algunos periódicos y revistas). Aquí tienes *La Lumiere*. Este periódico publica un artículo, intencionadamente velado, que se titula... Leyenda de la dama de los leones. Esa dama soy yo.

G. RIED. ¿Y no lo aplaudes? La prensa nos está haciendo una magnífica *reclame*.

LEOP. Estotra revista publica tu retrato y una crónica con el epígrafe... El favorito del día... Ese favorito eres tú.

G. RIED. No veo el inconveniente.

LEOP. Ese artículo ha sido inspirado por tí y debe haberte costado más de mil francos.

G. RIED. Por *reclame*... Por *reclame* solo.

LEOP. No se encomia el mérito de tu trabajo ni siquiera se hace mención de tu arrojo. Se alaba tu figura arrogante... Tu apostura gentil... Tu varonil belleza... Se dice que eres el ídolo de las más elegantes damas del gran mundo parisién.

G. RIED. Desplantes del periodismo. No hagas caso.

LEOP. Has conseguido que se fijen en tí las libertinas de biasón y guante blanco y que te acosen a diario con sus billetes laudatorios.

G. RIED. Que yo rompo en cuanto llegan a mis manos.

LEOP. ¿Por qué no dicen que somos casados legítimamente? Eso fuera lo más honrado.

G. RIED. Procuraré que todas tus quejas obtengan la debida satisfacción. Y dicho esto volvamos a nuestro asunto. Compláceme en lo que te pido con el alma puesta de rodillas.

LEOP. No lo esperes. (Gran pausa)

G. RIED. Saldré de mi apuro, sin embargo.

LEOP. Lo celebro. (Secamente).

G. RIED. Mister Howard, el opulento millonario, se ha prendado de Goliat, nuestro famoso león.

LEOP. ¿Qué escucho?... Riedel; ese león me pertenece. Ya te he dado por él más de cinco mil francos.

G. RIED. Cierto; pero no me queda otro recurso.

LEOP. No te creo capaz de...

G. RIED. Comprendo tu disgusto. Goliat se ha enamorado de tí como un bruto. Se humilla

a tus pies, cosa que aún no he podido y conseguir... Hasta te defiende de las za pas de los otros leones... Pero la necesida es también una fiera y...

LEOP. No prosigas... Este león es mío.

G. RIED. ¿Y vas a consentir en que pase a otro due ño? ¿No le das de comer por tu propi mano?... ¿No te satisfaces viendo cóm pierde en tu presencia todos sus instinto feroces? ¿No ha llegado hasta lamerte la manos como un corderillo?... ¿Y no val todo eso más de cinco mil francos?

LEOP. Haz lo que te plazca... Goliat será siem pre de mi pertenencia.

G. RIED. ¿Cómo?

LEOP. ¡Oh! Bien sabes tú que si Mister Howard se halla dispuesto a dar cinco mil francos po el león, no vacilaría en dar un millón po Leopoldina.

G. RIED. Calla o te estrangulo. (Va a ejecutar lo que dice y queda con las manos suspendidas sobre el cuello de Leopoldina).

LEOP. (Con la mayor sangre fría y sin hacer el menor movimiento). ¿No me ahogas? ¿Y eres tú mi esposo?

G. RIED. ¡Valga tu debilidad!... Adiós.

LEOP. (Casi al hacer mutis GUILLERMO por el foro). Guillermo.

G. RIED. (Aparte). ¡Triunfé!

LEOP. ¿Bastará el valor de esta sortija?

G. RIED. ¿Cuál?

LEOP. La del brillante grueso... La misma que tú me compraste en una de las joyerías de la calle de Castiglione.

r. RIED. ¡Oh! Sí.

EOP. (Quitándose la sortija de los dedos y entregándosela) Tómala.

r. RIED. Me devuelves la vida.

EOP. Poco tiempo he disfrutado de tu obsequio.

r. RIED. Prometo resarcirte muy en breve con otra joya de más valor.

EOP. ¿Verdadera o falsa?

r. RIED. No olvidas ni perdonas nada... Legítima será como el cariño que te profeso.

EOP. Déjame... Guarda las caricias para mejor ocasión.

r. RIED. Me voy por que necesito aprovechar el tiempo. Adios. (Vase por el foro).

ESCENA IV

EOP. Lo justo es que me hubiera extrangulado, cuando me expresé de tal modo refiriéndome a Mister Howard... Lo hize para ver si le hería en el alma... La frase fué como estocada de daga florentina, pero solo le produjo un rasguño.

ESCENA V

Dichos, SERAFIN por el foro, vestido con esa elegancia de los artistas del circo distinguidos.

SERAFIN Señora...

LEOP. Adelante, Serafín, adelante.

SERAFIN Tengo que hablarla de un asunto muy grave.

LEOP. ¿Muy grave? Me sorprendes.

SERAFIN ¿Ya sabe usted que tenemos por vecinos?

LEOP. A mi ilustre primo Rodolfo y a su elegante esposa Esther. A saberlo antes no hubiéramos venido a tomar hospedaje en este hotel, pero una vez aquí, bien estamos.

SERAFIN Ha poco me encontré en la calle al señorito Rodolfo. Me detuvo y me preguntó por usted.

LEOP. ¿El?

SERAFIN Sí, señora.

LEOP. Lo extraño mucho. Porque ni siquiera nos saludamos, y eso que nos hemos cruzado repetidas veces, al bajar y subir por la escalera, como si nunca nos hubiéramos conocido.

SERAFIN Sin duda trata de reconciliarse.

LEOP. ¿Qué te dijo?

SERAFIN Que vendría a verla, quizá esta misma tarde, y que se lo advierta a usted.

LEOP. Me das una buena noticia... Venga cuando quiera... Será bien recibido... ¿Y este es el asunto grave a que te referías?

SERAFIN No. No, señora... La casualidad me ha hecho advertir un suceso que...

LEOP. ¿Por qué te detienes?

SERAFIN Por las consecuencias que pudiera tener mi revelación.

LEOP. No me impacientes.

SERAFIN Voy a decirlo en cumplimiento de mi deber... En el cuarto vecino, al anochecer, cuando el señorito Rodolfo tiene por costumbre ausentarse hasta la hora de la

cena, penetra, algunas veces, una sombra.

EOP. ¿Una sombra?

ERAFIN Más claro. Un desconocido. Un amante.

EOP. ¿Qué dices, Serafín?

ERAFIN La verdad. Voy a explicar como...

EOP. Silencio...

ESCENA VI

Dichos, RODOLFO por el foro.

OD. Leopoldina...

EOP. ¿Tú aquí, Rodolfo? Lo veo y no lo creo.

ERAFIN Voy a ver a Marieta. (Vase SERAFIN por la derecha).

OD. (Alargándole la mano). ¿Me perdonas?

EOP. Nunca me consideré ofendida. Siéntate,

OD. Eres muy buena... ¿Pero has visto como nos une la casualidad?

EOP. Es más bondadosa que vosotros.

OD. Ante todo. ¿Eres feliz?

EOP. Así... Así... ¿Y tú?

OD. No sé que decirte.

EOP. Eso merece explicarse.

OD. ¿Por qué no eres tú feliz completamente:

EOP. Mi esposo tiene una falta imperdonable. Juega mucho. Es capaz de coger por las melenas a uno de sus leones y jugárselo a una carta.

ROD. Eso es jugar.

EOP. Y perder.

ROD. Comprendo tu disgusto.

EOP. Me da muchos sinsabores. ¿Y los tuyos cuáles son?

ROD. Tienen una índole muy especial... A e venía; a consultarlos contigo.

LEOP. Has hecho bien... Empieza.

ROD. Esther tiene una gran afición a las joya Cuando llegamos a París puse a su disp sición, sin restrición alguna, una cantida de bastante importancia. Compró un c llar de perlas, hasta que, hace algun días, me fijé en que ya sólo obraban en poder unos cinco mil francos... Parecióm que el collar no debía valer los ciento ci cuenta mil francos que según ella m dijo...

LEOP. ¿Habías puesto en manos de tu esposa tan to dinero?...

ROD. ¿Te parece mucho?

LEOP. Exorbitante... Esos milagros sólo los hac el amor. Prosigue... Prosigue.

ROD. Para salir de dudas, y sin que ella lo advir tiese, me fuí con la alhaja a consultar co un joyero.

LEOP. Bien pensado.

ROD. Hazte cargo de mi sorpresa, al oir de la bios del perito que aquellas perlas so falsas.

LEOP. ¡Oh!

ROD. ¿No lo encuentras muy extraño?

LOD. ¿Qué explicaciones te ha dado Esther?

ROD. Nada la he dicho todavía.

LEOP. ¡Perlas falsas!

ROD. Aún no he concluído.

LEOP. No me ocultes nada, Rodolfo... Por tu honor.

ROD. Para eso he venido; para depositar en tí toda mi confianza.

LEOP. ¿Qué más tienes que decirme?

ROD. Advirtiendo, ayer, que ya no tenía ningún dinero, la pregunté en qué había invertido los cinco mil francos que aún obraban en su poder días antes... Se ofendió... No obtuve respuesta alguna... Y hoy, hace un instante en que acaba de volver de un paseo, se ha sincerado, presentándome una joya que debe tener ese valor aproximado. (Saca la sortija del bolsillo y se la entrega a su prima). Aquí la traigo.., Míralala.

LEOP. A ver. . Esta sortija. . Esta sortija... (Advirtiendo que es la misma que entregó a GUILLERMO). Já.. já... já...

ROD. (Sorprendido). ¿Por que te ríes de ese modo?...

LEOP. Por que... Por que... (Brusca transición). Ya pasó. Mírame... Ya no me río... Ya estoy seria... Son ataques de risa nerviosa... Los padezco con alguna frecuencia desde que murió mi padre... Y como es tan extraño... Tan absurdo... ¡Tan monstruoso!...

ROD. ¿El qué?...

LEOP. Eso que me has contado del collar... ¡Lo creo imposible!... ¡Imposible de todo punto!...

ROD. No abrigues la menor duda... Pero te has afectado profundamente... Algo ha pasado por tu alma. Algo que me ocultas.

LEOP. Para salir de dudas, Rodolfo, vas a otorgarme una merced.

ROD. ¿Cuál?

LEOP. La calle de Castiglione está muy cerca Voy y vengo en un instante... Cuesti de cinco minutos.

ROD. ¿Qué tienes que hacer en esa calle?... V contigo.

LEOP. No. Yo sola. Yo sola.

ROD. Dame, siquiera, alguna explicación.

LEOP. Luego... Luego... (Llamando). Marieta. Serafín... (Salen MARIETA y SERAFIN por derecha). El abrigo... El sombrero.

MARI. ¿Vá a salir la señorita?

LEOP. Pronto... Pronto... (Vase MARIETA, para s lir luego con las prendas indicadas). Serafín. Que preparen el auto del Hotel.

SERAFIN Siempre hay uno dispuesto a la entrad

ROD. ¿Te llevas la sortija?...

LEOP. Sí. Hasta ahora mismo... Entretened vosotros. Pregúntales Rodolfo.

ROD. No tardes por que te espero con ansi (Vase LEOPOLDINA por el foro, después de hab se puesto el abrigo y sombrero que trajo M RIETA).

ESCENA VII

RODOLFO, MARIETA y SERAFIN.

ROD. ¿Comprendeis algo de esto?

SERAFIN Ni una palabra.

MARI. Nunca ha salido con tanta precipitaci la señora.

ROD. ¿Hay alguna joyería en la calle de Cast glione?

SERAFIN Hay varias.

ROD. ¿De dónde se surte de alhajas mi prima?

MARI. Es muy reservada... Nunca nos dice donde compra las joyas.

ROD. Creo haber observado que no anda bien de salud.

MARI. Al contrario.

ROD. Me ha dicho que padece de ataques nerviosos.

SERAFIN ¿Ataques de nervios?

MARI. Según lo que le haya dicho la señora.

ROD. Mi prima será reservada, pero no te gana a tí a ser discreta... Bien, Marieta: muy bien.

MARI. No hago más que cumplir con mi deber, señorito.

ROD. ¿Estará satisfecha de las ovaciones que recibe?... Que se sepa esto no tiene nada de particular.

MARI. Muy satisfecha.

SERAFIN Ya le hemos visto a usted muchas noches en el palco con su esposa.

ROD. Tiene una afición decidida por esa clase de espectáculos.

SERAFIN Ya habrán visto que la señorita hace prodigios con su amigo Goliat.

ROD. ¿Se llama así aquel leonazo que tan dócilmente pone su enorme cabeza sobre las rodillas de Leopoldina?

MARI. Sí, señor.

SERAFIN No crea usted que es ningún cordero.

MARI. Eso solo lo hace con la señorita. Para todos los demás es muy salvaje y adusto.

ROD. Yo no se de dónde ha sacado mi prim tanta serenidad y arrojo.

MARI. Cuéntale... Cuéntale, Serafín.

SERAFIN La primera vez que penetró en la jaula.. Esto ocurrió en Montpeller; lo hizo acom pañada de don Guillermo... ¿Es este Go liat?, preguntó, señalando al animal con u latiguillo que llevaba hasta tocarle en lo hocicos... El león dió un rúgido espan toso.

MARI. Todos nos sentimos aterrados.

SERAFIN Don Guillermo se puso pálido, y para inti midar a la fiera, disparó dos veces s revólver.

ROD. Y mi prima. ¿No se desmayó en el acto?

SERAFIN La señora, sin perder ni un ápice la serenidad, dijo con acento muy dulce y sosegado. «No te enfades Goliat, porque hemos de ser muy amigos». El león clavó e ella sus ojos, que parecían dos carbone encendidos... Ella le miró también co gran fijeza... Debieron entenderse, porque desde entonces Goliat hace todo lo que le manda la señorita.

ROD. Es portentoso.

MARI. Ella también le quiere mucho, y le da de comer la carne más fresca y sana que encuentra.

ESCENA VIII

Dichos y LEOPOLDINA por el foro.

(La aparición en el foro de este personaje, debe producir en el público una impresión de efecto trágico. Debe adivinarse, por

el semblante descompuesto que trae LEOPOLDINA, la espantosa sacudida que ha sufrido su alma.

EOP. Heme ya de vuelta. ¿He tardado?

OD. No mucho.

EOP. Idos vosotros. (A MARIETA y SERAFIN).

ARI. ¿No se quita el sombrero?

EOP. (Dándole el sombrero). Toma... El abrigo no. Tengo frío. (Vánse MARIETA y SERAFIN por la derecha).

ESCENA IX

LEOPOLDINA, RODOLFO

EOP. Aquí, bien juntos, Rodolfo... (Toman asiento como indica LEOPOLDINA).

OD. Noto que vienes muy afectada.

EOP. Toma la sortija. (Entregándole la sortija).

OD. ¿La has hecho tasar por algún joyero?

EOP. La ha justipreciado en seis mil francos.

OD. ¿Seis mil?

EOP. Vamos a lo que más importa, dejando ese cabo suelto. Voy a disparar sobre tu alma con la seguridad de que he de hacer blanco en ella.

ROD. Dispara.

LEOP. Tu esposa Esther tiene un amante.

ROD. ¿Qué dices?... ¡Blanco has hecho!

LEP. La herida es honda...

ROD. ¿Qué datos has adquirido? ¿Qué pruebas tienes?

LEOP. Ayúdame tú a relacionarlas.

ROD. ¿En qué forma? No prolongues mi ansiedad.

LEOP. Tiene un amante que la saquea, con la d ferencia que va de unas joyas falsas otras verdaderas.

ROD. Acaso aciertes... Prosigue. Prosigue.

LEOP. Esther le entregó ayer cinco mil fra cos...

ROD. Sí. Sí.

LEOP. Y ella, al advertir que tu notaste la fa ta... ¿viéndose comprometida?...

ROD. Reclamó el auxilio del amante... Salió d hotel contra su costumbre.

LEOP. Para recibir la sortija que le entregó otro.

ROD. Que no pudo haber comprado Esther co cinco mil francos, por que vale seis mil

LEOP. Cabal.

ROD. ¡Oh! ¡Qué infamia! (Pausa). ¿Quién es e amante?... ¿Su nombre... Su nombre?

LEOP. Lo sabremos.

ROD. ¿Cuando?

LEOP. Muy pronto. Quizá hoy mismo.

ROD. Quisiera leer en el fondo de tu pensamien to. ¿Por qué me lo ocultas?

LEOP. Mañana ven a verme al Circo-Teatro. T espero en mi camerino. Entonces podr contestar a tu pregunta con toda seguri- dad. Interin devora tus ansias... Escúdate en el silencio, como hacen los hombres... Disimula... Permanece tranquilo en pre- sencia de Esther, hasta que llegue la hora de la justicia.

ROD. ¿Y se descubrirá el secreto?

LEOP. Sí.

ROD. ¿Y la causa de esa palidez que cubre tu cara?

LEOP. Sí.

ROD. Mañana iré a tu camerino.

LEOP. Hasta mañana. (Vase RODOLFO por el foro).

ESCENA X

LEOP. Las perlas son falsas... La sortija es la que compró Riedel para mí en la calle de Castiglione... ¿Qué falta para obtener la prueba plena? Serafín.

ESCENA XI

SERAFIN acudiendo al llamamiento de LEOPOLDINA.

SERAFIN ¿Llama usted?

LEOP. Aguza el ingenio... Lanza al vuelo la sospecha... Aunque no aciertes... El caso es que salga un nombre a tus labios... Por la figura... Por la silueta... Por el perfil... Adivínalo... ¿No caes en quien pueda ser aquel nombre?... ¿Aquella sombra?

SERAFIN No señora... Se cubre el rostro con las vueltas del gabán... Además, no entra en el cuarto vecino hasta que se obscurece el corredor.

LEOP. ¿Quién quita la luz?

SERAFIN Alguien que sirve en el hotel y favorece esos planes... Cuando el señorito Rodolfo se ausenta para no volver en algún tiempo, suena un timbre...

LEOP. ¿Como una señal?

SERAFIN Efectivamente.
LEOP. ¿Y al poco tiempo?
SERAFIN Aparece la sombra.
LEOP. (Dentro suena un timbre). ¿Has oído?
SERAFIN Sí.
LEOP. ¿Habrá salido Rodolfo del hotel y será es el aviso?
SERAFIN Prestemos atención.
LEOP. Nada se oye.
SERAFIN Asómese la señora para observar si se obscurece el corredor.
LEOP. Apaguemos la luz. (Apaga la luz y vase al for para mirar por la puerta del foro entreabierta) Tienes razón. Ya está obscuro.
SERAFIN Ahora saldrá el desconocido.
LEOP. ¿Hacia qué lado?
SERAFIN Hacia la derecha por el extremo del corredor.
LEOP. ¡Ah! Sí... Ya le veo. Ya le veo. Desapareció. Penetró en el cuarto vecino. Basta. ¿Con qué tú no le conociste?
SERAFIN No. No, señora.
LEOP. Haces bien en callarlo. Vete.
SERAFIN Pero...
LEOP. Obedece. (Váse SERAFIN por el foro).

ESCENA FINAL

LEOP. Después de algún espacio, habiendo hecho mutis SERAFIN. se pone de pie bruscamente exclamando: ¡Un puñal! ¡Un revolver!... (Abre nerviosamente uno de los cajones de la consola que habrá en escena, sacando y arrojando al suelo cuantas ropas y

objetos impiden el hallazgo del arma que codicia diciendo a la vez). ¡Rufián! ¡Canalla! ¡Ladrón!... (Al encontrar el puñal, dice). Ya lo hallé... Ven, hierro, a mis manos... ¡Qué ansias tengo de matarle; pero este puñal es poco!... Quisiera que cada uno de mis dedos fuese un cuchillo para despedazar su cuerpo... ¡Despedazarle!... Eso quisiera... La idea bulle en mi mente, pero no acierto a definirla... ¡La envuelven las sombras!... ¡Luz!.. ¡Luz! (Enciende la lámpara y al iluminarse la escena dice). ¡Ah!... ¡Ya la hallé! ¡Las garras de la fiera!... (Arrojando el puñal al suelo, exclama). No me sirves, puñal. (Pausa). ¡El animal hostigado por el hambre!... ¡El león iracundo!... ¡Las uñas corvas y afiladas!... Y todo a la vista de esas mujeres que le han convertido en su ídolo... Amigo Riedel. ¡Goza esta noche! ¡Mañana!... ¡Mañana ya sé quien te hará pedazos desgarrándote las entrañas!... (Se deja caer en una silla prorrumpiendo en una carcajada de satánico regocijo). Ja .. ja .. ja...

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO CUARTO

Camerino de LEOPOLDINA, en el Circo-Teatro. Espejo con pi de mesilla a la derecha. Velador con servicio de escribi Profusión de objetos de arte.

ESCENA PRIMERA

Aparece LEOPOLDINA sentada, vistiendo un rico y típico traj de artista domadora. MARITA. junto a ellos, de pie.

LEOP. Un sueño muy singular y extraño. La ima gen dolorida de mi padre se me apareci con toda la fuerza de la realidad. ¡Oí su voz claramente, como cuando me hablaba en vida! ¡Noche de cruel insomnio, Marieta!

MARI. No haga usted caso de los sueños, señorita. Yo le sé por experiencia... Nunca me ha resultado verdadero ninguno de ellos.

LEOP. Aun, ahora, flota en mi recuerdo aquella imagen... No ha sido un sueño baladí y pasajero como hayan podido ser los tuyos.

Noto que se ha perturbado mi conciencia. Se han despertado en ella remordimientos que yo creía dormidos por la muerte de mi padre...

ARI. Todo eso pasará luego, así que oiga los aplausos del público

EOP. También han perdido su encanto para mí.

ARI. ¿Se ha cansado de esta vida?

EOP. Me da cansancio y vergüenza.

ARI. ¿De veras, señorita?

EOP. ¿Por qué me lo preguntas con ese afán?

ARI. Porque uno de mis sueños... Temo pecar de atrevida.

EOP. Refiérelo... ¿Qué has soñado?

ARI. Que habíamos puesto fin a esta vida, y que todos juntos: usted, don Guillermo, Serafín y yo, nos habíamos ido a vivir a una casa de campo, muy linda, en las cercanías de Madrid.

EOP. ¿Y Goliat? Te has olvidado de Goliat.

ARI. ¡Ay, no! El león no, señorita. Le tengo mucho miedo. Lo sacaría usted de la jaula y...

EOP. No insisto, porque eso es un sueño.

ARI. ¿Y no podría realizarse aunque fuera en compañía de Goliat?

EOP. ¡Mi hermoso león!... Se vendría con nosotros... Tu te casarías con Serafín... Y todos juntos, en el seno de la dicha y del amor... en la alegría del campo... entre arroyos y flores...

ARI. Esa es la pintura... ¡Esa es!

ESCENA II

Dichos y SERAFIN por el foro, con una carta

SERAFIN ¿Señorita?

LEOP. ¿Qué hay?

SERAFIN Traigo una carta.

LEOP. ¿De quién?

SERAFIN Del señorito Rodolfo. Me la dió reservadamente.

LEOP. Venga... ¿Pide contestación?

SERAFIN Eso me ha encargado.

LEOP. No te vayas lejos.

SERAFIN Cerca estaré con Marieta. (Vánse MARIET y SERAFIN por el foro).

ESCENA III

LEOP. (Abriendo la carta y leyéndola en alta voz). Est noche voy al circo con Esther. Iremos d visita a tu camerino... Maravíllate... M esposa me ha dejado absorto esta tarde presentándome el collar de perlas falsas luciendo, a la vez, en su garganta, otr muy rico de perlas finas, que yo ignorab obrase en su poder... ¿Qué deduces d este hecho? Yo me encuentro confundido Díme en qué lugar del Circo podemos hablar reservadamente... Tu primo Rodolfo... Ja... ja... jà... ¿Conque ahora aparece el collar verdadero?... No me sorprende la estratágema... Conozco ya el procedimiento... Es de Riedel, puro. Se conoce

que ha jugado con suerte loca por la primera y última vez en su vida. (Escribe una carta y la cierra bajo sobre. Luego dice, llamando.) ¡Serafín!

ESCENA IV

Dicha SERAFIN por el foro.

ERAFIN Aquí estoy.

EOP. Procura entregarle sin que nadie lo advierta.

ERAFIN Pierda usted cuidado.

EOP. Guárdala.

ESCENA V

Dichos y GUILLERMO, en traje usual, por el foro.

. RIED. La gente ha llenado el Circo... Ha venido todo el gran mundo de París... Se prepara una noche brillantísima... Serafín; aguza el ingenio en tus ejercicios de clown.

ERAFIN Así lo haré, don Guillermo.

. RIED. Suprime los juegos malabares porque deslucen tu faena.

ERAFIN Pensaba hacerlo.

. RIED. Al avío. Al avío. (Váse SERAFIN por el foro).

ESCENA VI

LEOPOLDINA, GUILLERMO

. RIED. ¿Ya vestida?

EOP. Esta noche me he salido de la costumbre.

. RIED. Y tanto... No entramos en turno hasta las diez.

LEOP. No importa... Así ya no tengo que preocuparme.

G. RIED. (Sacando un estuche y entregándoselo a LEOPOLDINA). Toma.

LEOP. (Abriendo el estuche y contemplando el brazalete que contiene). ¡Rico brazalete, con una rosa de brillantes!...

G. RIED. ¿Te gusta? Tómalo a cambio de tu sortija... Ya veo que te produce embeleso... ¿En qué piensas?

LEOP. Pienso en que has equivocado el oficio.

G. RIED. ¿Por qué?

LEOP. En vez de domar leones debieras dedicarte a corredor de alhajas.

G. RIED. Ja... ja... ja,..

LEOP. ¿Has jugado?...

G. RIED. Y con mucha fortuna.

LEOP. Y el dinero para jugar ¿quién te lo ha dado?

G. RIED. Tranquilízate, no he recurrido a Mister Howard.

LEOP. ¿A quién entonces?

G. RIED. No te preocupes... Participemos ambos de la satisfacción que experimento. ¿No me das un beso?

LEOP. No.

G. RIED. ¿Mantienes tu agravio por la escena de ayer?

LEOP. Espera a mañana.

G. RIED. ¿Saldrá mañana el arco iris?

LEOP. Quién sabe.

G. RIED. No me tortures como lo hicistes anoche, durmiendo recostada sobre un sofá, sin dirigirme la palabra.

OP. Cuando eres dichoso te domina el egoísmo. No quieres que nadie amargue tu satisfacción. Asi eres más feliz.

RIED. Lo soy esta noche, y quisiera que tú lo fueses también.

OP. No te preocupes tanto de mí. Deja correr el tiempo... Disfruta de la dicha que experimentas con toda la expansión de tu alma... La dicha no se encuentra siempre a merced de nuestra voluntad, y hay que aprovecharla cuando llega. . Aprovéchate, Riedel.

RIED. Eso que dices es muy razonable... pero la alegria es comunicativa... Ya verás cómo hago bailar esta noche a Goliat a los chasquidos de mi látigo.

OP. Motivos tienes para tomar el desquite. La verdad es que se muestra muy fosco y rebelde contigo, y esto hace que salgan deslucidos tus trabajos... A mi me duele mucho que decaiga tu fama de domador.

RIED. ¿Quién ha dicho eso?

EOP. El público.

RIED. ¿Lo has oído tú?

EOP. Conozco la opinión de muchos espectadores. Afírmase que Goliat ha conseguido atemorizarte.

RIED. «Corpo di Baco». ¿Eso dicen?

EOP. Yo lo he callado hasta ahora, por el temor que abrigo a la exaltación de tu dignidad ofendida.

RIED. ¡Bah!... Se acabaron las contemplaciones. Esta noche voy a descubrir ante el público

que Goliat es un perro faldero, apesar de sus zarpazos y rugidos... Ha de caer a mis pies lamiendo el cuero de mis botas. Vas a eclipsarte por completo.

LEOP. No importa... El caso es mantener el interés que hemos despertado en el público con el anuncio de nuestras rivalidades ingenuas para las funciones de moda. Que sea esta noche toda la gloria para tí.

G. RIED. No abrigues la menor duda. Lo será.

LEOP. Tengo, además, motivos muy especiales para desearlo.

G. RIED. ¿Qué motivos?

LEOP. Por los resquemores de ayer; nada te he dicho de la visita que vino a hacerme mi primo Rodolfo.

G. RIED. (Muy sorprendido). ¿Cómo?

LEOP. Encuentro muy natural que te sorprenda, pero ¿No te alegras?

G. RIED. ¿Alegrarme?... No. Es decir; sí.

LEOP. ¿Ponte de acuerdo contigo mismo?

G. RIED. ¿Con tan hondos resentimientos de familia?...

LEOP. Se han desvanecido... Nos hemos reconciliado por completo, hasta el punto de que esta noche vendrán a visitarme...

G. RIED. ¿Aquí?

LEOP. Sí.

G. RIED. ¿A este camerino?

LEOP. Es claro.

G, RIED. El solo, naturalmente.

LEOP. Naturalmente, no... Vendrá a verme con

su elegante y bellísima esposa Esther... Haces mal gesto...

. RIED. ¿Yo mal gesto?

EOP. ¿Te molesta que hayamos reanudado nuestras antiguas relaciones?

. RIED. Al contrario... Me satisface mucho... Pueden visitarnos cuando lo tengan por conveniente.

EOP. Esther es una rubia encantadora.

. RIED. No tanto como crees.

EOP. ¿Quién te gusta a tí?

. RIED. Mi Leopolda.

EOP. ¿Quién es tu Leopolda? porque hay otras en París.

. RIED. (*Acercándose a ella muy cariñosamente como para darla un beso*). ¡Tú!

EOP. ¡Aparta, Riedel!

. RIED. Esquiva estás... Ahora no se interpone entre ambos ninguna sombra ofendida... A no ser que se haya despertado en ti la Condesa de la Jimena...

EOP. Dejé de serlo por tí... Poco noble es tu ironía.

. RIED. Es verdad... ¿Me perdonas?

EOP. No necesitas mi perdón.

. RIED. Transijamos... Permite que sea yo quien te ciña, por primera vez, el brazalete.

EOP. No.

. RIED. Qué terquedad tan incomprensible... ¿Cuando tendrá fin?...

EOP. Mañana.

. RIED. ¿Otra vez?... ¿Qué habrá en ese mañana?

EOP. Ya lo verás... Es decir... Sí... Ya lo verás.

G. RIED. Bueno. Voy a dejarte sola... Hoy feliz y no quiero contrariarte...

LEOP. Ahora te pones en razón.

G. RIED. Hasta luego.

LEOP. Hasta luego.

ESCENA VII

LEOPOLDINA, desde el foro, viéndole marchar.

LEOP. ¡Para tí no habrá mañana, Riedel! ¡Esta es tu última noche! (Se sienta en ac tud de profunda y dramática meditación. Estos los momentos donde mayor relieve puede tor el talento de la atriz). ¡Guillermo! ¡Guille mo!... Ese hombre ha sido mi fatalidad ¿Y no será él otra victima del Destir (Pausa). ¿Por qué le compadezco? ¿Q obscura es la fuente del corazón? ¿Don se hallaba oculto este manatial? Ya se. Ya se... Le compadezco por la certe que abrigo de que ha de morir esta n che... Si no fuera así... (Se pone de pie c un gesto imponente y trágico.) ¡Ya le odio! (acerca a la mesilla, abre el estuche y lo conter pla). ¡Brillan mucho estas piedras!... (C rra el estuche y lo arroja sobre la mesilla con gesto de interno y profundo extremecimimient exclamando) ¡Me han herido! ¡Tienen re plandores de sangre!

ESCENA VIII

Dicha y MARIETA por el foro, dando muestras de alegría.

MARI. Señorita... ¡Sus primos!... ¡Sus primos!.

LEOP. (*Aparte*). La sierpe traidora.... Dales entrada... Que pasen. (*Váse* MARIETA *a cumplir la orden*). ¡Ahora, a fingir! ¡Puñal de Florencia, sírveme de ironía!

ESCENA IX

Aparecen por el foro, RODOLFO, *de gran etiqueta, y* ESTHER, *con un traje primoroso de teatro y luciendo un collar de perlas.*

M. EST. ¡Buenas noches!

LEOP. ¡Oh, mi querida Esther!...

ROD. La paz sea entre nosotros.

M. EST. ¡Reconciliados!

LEOP. Sí. Reconciliados.

ROD. Deseaba que llegase este momento.

LEOP. Ya pasó... Desechemos todo recuerdo desagradable.

M. EST. ¡Qué camerino tan primoroso... ¡Cuántos objetos de arte!

LEOP. Regalos de mis admiradores.

M. EST. ¡Qué dicha!

LEOP. Este es el esplendor de nuestro oficio... Todo es brillante por fuera... Por dentro... zarpadas... rugidos... ¡Melenas de león!

M. EST. Encantarme esta vida... ¡Gustarme ser domadora!... ¡Penetrar en la jaula!... ¡Hacer saltar a las fieras con mi látigo!... ¡Oh!

ROD. Te ha salido una competidora.

LEOP. Ese es un deseo que puede satisfacerse.

ROD. ¿Qué estás diciendo?... No la estimules... Esther es capaz de todo... De todo...

M. EST. Será muy peligroso domar a las fieras.

LEOP. Hay algo de apariencia en el peligro..

Lo difícil consiste en domar... al domad

M. Est. ¿Al domador?

Rod. Qué falta hemos cometido. No te hem preguntado por Guillermo.

M. Est. Es verdad.

Loep. Le encuentro esta noche radiante de al gría. Debe hallarse en su cuarto cambia do de traje...

M. Est. Yo creo que si un domador de leones n es indómito, tampoco puede ser domad de leones.

Leop. ¡Admirable, Esther, admirable!

Rod. Mi esposa tiene agudezas de ingenio ines peradas...

Leop. ¡Cuántas veces, en mis horas de disgusto he recordado tus palabras!... Cuando y residía en Londres, estuvo allí ese famos domador exhibiendo sus leones, y se hiz pública su fama de libertino... burlado de muchachas... jugador... pendenciero... vicioso...

M. Est. ¿Todo el programa?

Leop. ¿No te has enterado? Es el Tenorio d Moda de París.

M. Est. ¡El!

Leop Ya lo creo. ¿No te has fijado cómo le devoran con sus gemelos las señoras de los palcos?

M. Est. No. No me he fijado.

Leop. ¡Fíjate esta noche. Han venido todas a ver a su ídolo!

M. Est. ¡Me fijaré!... Me fijaré.

Leop. (Fijándose en el collar de perlas que lleva Esther). ¡Hermoso collar de perlas!

EST. ¿Te gusta?

OP. Mucho; sí.

EST. Queda a tu disposición.

OP. Bien está dando lucimiento a tu garganta. Yo tenía otro parecido, perteneciente a la dote de mi madre. ¿Pero a quien direis que sirvió de adorno y lucimiento?

OD. ¿A quién?

EOP. Al tapete verde.

. EST. ¡Oh!

EOP. Guillermo es así. Hay que volver a Guillermo... ¿Te habrá costado?...

. EST. Ciento cincuenta mil francos.

OD. Tiene otro de perlas Quepta, que es muy parecido. Yo no sé distinguirlos.

EOP. ¿Y por qué dos collares?

I. EST. Uno para exibirlo a diario, y otro...

EOP. Comprendido. El falso para todos los días y el verdadero para las grandes ocasiones.

I. EST. Exactamente. (Suena un timbre dentro).

OD. ¿Y ese timbre?

EOP. ¿Es la señal de que va a empezar otro número.

OD. ¿Vamos a verlo, Esther?

I. EST. Como gustes.

EOP. Os acompañaré hasta la salida del escenario. (Llamando) Marieta.

ESCENA X

Dichos y MARIETA por el foro.

IARI. ¿Qué manda la señora?

LEOP. Si viene mi esposo dile que he salido p acompañar un momento a mis prim (Cubre su cuerpo LEOPOLDINA con un rico a go de artista, y vase por el foro con ESTHE RODOLFO).

ESCENA XI

MARI. No se me quita la pena de encima. conoce que tiene un pesar muy hondo ¿Se habrá disgustado con don Guill mo?... No se... No se...

ESCENA XII

Dicha y SERAFIN, en traje de Clons muy lujoso.

SERAFIN ¡Marieta! ¡Marieta! (Tomando asiento como viniera muy cansado y desfallecido).

MARI. ¿Qué te pasa?

SERAFIN Vengo trastornado... Mira que rasgu traigo en la frente.

MARI. ¿Quién te ha hecho eso?

SERAFIN ¡Goliat!

MARI. ¿El león?

SERAFIN ¿Quién había de ser?... Aquí no hay ot Goliat.

MARI. ¿Y cómo ha sido?

SRRAFIN Me acerqué a los barrotes de la jaula par hacerle una carantoña... Otras veces l aceptaba gustoso, pero hoy me largó u zarpazo, que si no retiro a tiempo la ca beza, me destapa el cráneo... Aun así todo se me llevó la caperuza de goma.

MARI. ¿La atrapó?

SERAFIN Y me hizo este rasguño... El susto ha sido mortal.

MARI. ¿Y la caperuza?

SERAFIN Se la comió enseguida.

MARI. ¿Cómo?

SERAFIN Como se hacen esas cosas... comiendo.

MARI. Eso es que debe estar muy irritado.

SERAFIN Cualquiera se mete dentro de la jaula.

MARI. Sería conveniente decírselo a don Guillermo.

SERAFIN No hará tal el hijo de mi madre. Que se las componga como pueda... No quiero que me mande a paseo como hizo la otra noche.

MARI. ¿Qué ocurrió?

SERAFIN Mientras él hacía su ejercicio, me hallaba yo, a la èspectativa, revólver en mano, y al verme mandó que me retirase, de malos modos, diciendo que no necesitaba de tales precauciones.

MARI. Tiene un carácter muy altanero.

SERAFIN Es un déspota... ¡Yo me harto ya de sufrirle, y si no fuese por el cariño tan grande que tengo a la señora!...

MARI. Paciencia, Serafín.

SERAFIN Antes me ha herido en mi dignidad de clown ¿Sabes lo que me ha dicho?

MARI. ¿Qué?

SERAFIN Que suprima de mis ejercicios los juegos malabares.

MARI. ¡Tan bonitos que resultan!

SERAFIN Y todo porque en la función pasada, ha-

ciendo un ejercicio con tres bolas, se cayó una de ellas, al suelo, seis veces guidas.

MARI. ¿Solo por eso?... ¡Qué vida esta!

SERAFIN No ha resultado como yo creía.

MARI. La señora también está muy disgusta

SERAFIN Me sorprendes con esa noticia...

MARI. Tan es así, que há poco me decía... N iríamos a vivir a una casa de campo.

SERAFIN Por ahí, Marieta, por ahí...

MARI. Tú te casarías con Serafín...

SERAFIN Bendígala Dios.

MARI. ¡Viviríamos entre pájaros y flores!

SERAFIN El colmo de la dicha.

MARI. En compañía de Goliat.

SERAFIN ¡Uff! ¡Me has partido!...

MARI. Suceda lo que suceda... No hay más remedio que tener resignación.

SERAFIN Este zarpazo me ha desengañado por completo.

MARI. Adelante... Recuerda que eres hijo d Málaga.

SERAFIN Marieta... Llegó el momento de que se pas la verdad... Yo no soy hijo de Málaga.

MARI. ¿Qué me cuentas?

SERAFIN Yo procedo de la inclusa de Madrid. Me llamo Serafín Jesús, como pudiera llamarme Serafín Naná.

MARI. ¡Tan consentida que estaba yo en que eras hijo de Málaga!

SERAFIN ¡Qué más quisiera yo que ser hijo de Málaga!

RI. ¡Pobre Serafín!... No te apures... Yo te quiero del mismo modo.

RAFIN Compadéceme!... No he tenido padres.

RI. ¡Ay, Dios mío!... Eso no puede ser.

RAFIN Soy muy desgraciado, Marieta; soy muy desgraciado.

RI. Todo se arreglará, hombre; todo se arreglará.

RAFIN Pero sin Goliat... No metas en el arreglo a Goliat.

ARI. Poco miedo que yo le tengo.

RAFIN Es un desagradecido.

ARI. La señora.

ESCENA XIII

Dichos y LEOPOLDINA, por el foro.

EOP. Ya sé que has cumplido mi encargo.

ERAFIN Sí, señora.

EOP. Es de pintura esa señal que llevas en la frente.

ARI. No, señorita, no es de pintura.

ERAFIN Es un zarpazo de Goliat y si me descuido se me lleva la cabeza.

EOP. ¡Magnífico!

ERAFIN ¿Cómo que magnífico?

EOP. Digo que magnífico, porque así nuestros ejercicios resultarán más interesantes.

IARI. Yo tiemblo por usted.

EOP. Nada temas... Mis primos fuéronse á ocupar su palco. Atísbales por detrás del telón, y cuando veas que Rodolfo se le-

vanta para salir... ven corriendo a darme aviso.

SERAFIN Así lo haré... (Váse SERAFIN por el foro)..

ESCENA XIV

LEOPOLDINA, MARIETA

LEOP. (Tomando asiento en la mesilla frente al espejo). ¡Ven, Marieta!... Esta noche quiero lucir todas mis galas!

MARI. ¡Qué alegría me dá la señorita!

LEOP. Saca las joyas de mis estuches...

MARI. (Cumpliendo el mandato). ¡La pulsera!... Los pendientes de solitarios!... ¡El alfiler!... ¡Las sortijas!...

LEOP. Tráeme flores.

MARI. Las más preciosas de estos ramos...

LEOP. Quiero aparecer esplendorosa, como un astro...

MARI. ¡Así!... ¡Así, señorita!... Y que lluevan aplausos... Y que no se cansen de llamarla a escena.

LEOP. Ponme también este brazalete... Hoy lo estreno.

MARI. ¡Qué alhaja tan preciosa! ¡Y cómo brilla!

LEOP. Pónmelo, aunque me muerda en el brazo.

MARI. Ya está, sin el menor mordisco... Cierra muy bien el resorte.

LEOP. Esta rosa en el pecho. Ahora... un poco de carmín en los labios... ¿Qué te parece?

MARI. Sangre viva.

LEOP. Y cercos de sombra en los ojos para que

relampagueen en las tinieblas... Se acabó mi toilett... (Levantándose).

ARI. ¡Jesús! ¡Qué encanto!

EOP. ¿Eso es cierto?

ARI. Certísimo.

EOP. Entonces estaré más hermosa que todas ellas..

ARI. ¿Quiénes son?

EOP. ¡Todas ellas!

ESCENA XVI

Dichas y SERAFIN por el foro.

ERAFIN Acaba de salir del palco, señorita.

EOP. Adios, Marieta.

ARI. Muchos aplausos, señorita. (Poniéndola el abrigo. Vase por el foro LEOPOLDINA). (Mutación).

CUADRO QUINTO

Telón corto, de pasillo, en el escenario de un Circo-Teatro.

ESCENA PRIMERA

Aparece RODOLFO por la izquierda.

ROD. Aquí debe ser... En este pasillo... Ardo en deseos de poner fin a estas dudas ho-

rribles. ¿Quién será ese desconocido? ¿Es ladrón de mi honra? Este... Aquel... El otro... Ninguno de ellos me parece bastante infame...

ESCENA II

Dicho y LEOPOLDINA por la derecha.

LEOP. ¡Rodolfo!

ROD. ¿Vienes a dar cumplimiento a tu promesa?.

LEOP. Sí.

ROD. ¿Quién es el amante?

LEOP. Mi esposo.

ROD. ¿Guillermo Riedel?

LEOP. El mismo.

ROD. No es posible.

LEOP. Toma. (Le da una carta que trae).

ROD. Letra de Esther... La conozca.

LEOP. Lee.

ROD. (Leyendo). Guillermo, sálvame. Mi esposo ha notado la falta de los cinco mil francos. Mándame esa suma o joya del mismo valor... ¡Oh!

LEOP. ¿Te convences?

ROD. ¡Ella!... ¡Mi amor!... ¡Mi vida!

LEOP. ¡Ella y él!... Nos han traicionado.

ROD. ¿Quién ha puesto en tus manos esta prenda acusadora?

LEOP. ¡Ciega confianza en él... ¡Rencoroso espionaje en mí!...

ROD. ¡Estoy afrentado! Voy a matarle.

D. Aguarda...

D. Déjame.

OP. No le matarás... Te cierro el paso. Para detener esa ola de sangre estoy yo aquí, que soy una montaña de odio.

D. ¿Por qué te opones?

OP. Ese hombre me pertenece.

D. ¡Es ladrón de mi honra!...

OP. ¡Me ha robado el honor!...

D. ¡Ha matado mi dicha!...

OP. Me debe el prestigio, la hacienda, el decoro... hasta la vida de mi padre!... ¡Es más grande mi derecho!

D. ¿Y quieres librarle de la muerte?

OP. Todo lo contrario. Quiero que perezca.

D. ¿Cuando?

OP. Esta noche. Muy pronto. Ya se acerca su hora.

D. ¿Quién ha de matarle?

OP. Párate a escuchar.

D. Nada oigo.

OP. Presta atención... (Pausa) ¿Oiste ahora?

D. Un rugido que parece haber salido de las entrañas de la tierra.

OP. Ese que ruge es Goliat... El hambre ha despertado su instinto feroz.

D. ¿Y ese animal hambriento?...

OP. Mira la respuesta en mi rostro.

D. ¡Ah!

OP. Ya veo que ha prendido en tu alma esta llama del infiermo. A la hora de la comida me acerqué a la jaula... El león, al divisarme, se puso a dar saltos de alegría,

hasta que me oyó decir... Hoy no traigo carne, Goliat. Paró en seco y apretó su enorme cabeza contra los barrot ofreciéndome el testuz como tenía p costumbre... Yo le acaricié suavemen y le dije casi al oído... Te dejo sin com para que seas esta noche el instrumen de mi justicia... ¡Tu amo me ha escarn cido!... ¡Me ha traicionado!... ¡Se h burlado de mí!... ¡Despedázale, Golia Después de esto el animal me vió part hechando llamas por los ojos, sin mover ni cambiar de postura, hasta que me per dió de vista. Entonces lanzó un rugid espantoso... Un rugido que hizo retem blar la tierra... Aquélla fué su respues ta... Ya se que ha de matarle esta no che... Ahora, cuando penetre en la jau la, ese salteador de honras ajenas, ser despedazado... ¡Goliat nos hará justicia!.

ROD. Reconozco tu derecho. Acato tu reso lución.

LEOP. Mata tú a la sierpe fría y venenosa.

ROD. ¡A la adúltera infame!

LEOP. Ahí está tu derecho.

ROD. Lo haré efectivo.

LEOP. Sufrirá un síncope cuando vea caer a s amante bajo las garras de la fiera.

ROD. ¿Entonces yo?...

LEOP. Cólmala de caricias hasta cortar su resp ración.

ROD. Te comprendo. No volverá a la vida..

LEOP. Alguien llega. Vete.

D. ¡Callando, Leopoldina!

EOP. ¡Callando! (Vase RODOLFO por donde vino).

ESCENA III

EOP. ¡Es él!

ESCENA IV

Dicha y GUILLERMO, por la derecha, en traje de artista.

RIED. ¿Por dónde andas?

EOP. Aquí vine huyendo de admiradores importunos...

RIED. ¿Aún guardas tus resquemores?

EOP. (Entreabriendo el abrigo y dejando su cuerpo al descubierto). Mira.

RIED. ¡Deslumbrante estás!... Ya veo que luces el brazalete.

EOP. Quiero hacer honor a la solemnidad de la noche y a tus laureles de domador.

RIED ¡Qué me place!... Presumo que ya empieza a brillar para nosotros el sol de la Fortuna.

EOP. ¡Radiante estás de alegría!

RIED. Lo estoy.

EOP. Tú también has dado realce a tu gallarda figura. Añádase a esto que el Circo debe estar espléndido.

RIED. Cuajado de hermosas mujeres. ¡Me siento orgulloso! Quiero erguirme ante el público, dominando a las fieras con la frente altiva y los ojos centelleantes.

EOP. Así es como despertaste en mi alma tan

ardiente pasión, hasta el punto de olvida todo por tí... Posición... honores... quezas...

G. RIED. ¿Y no me hiciste tu esclavo?

LEOP. ¿Oyes?

G. RIED. Goliat, que ruge... Ese animal tiene instinto prodigioso... Parece como q adivina la importancia de su misión.

LEOP. ¿No observas que esta noche son más p netrantes, más profundos sus rugidos?

G. RIED. Así le quiero, para que obtenga mayor b llantez y lucimiento mi trabajo... El le adusto y fiero, extremeciendo a todos c sus rugidos... Yo haciéndole saltar con látigo... Las miradas fijas en mí... L guantes desgarrados en las manos a fuer de batir palmas... El ambiente del Cir electrizado por las corrientes del entusia mo... ¡Bravos y víctores poblando el e pacio!... ¿Hay nada más hermoso?

LEOP. ¡Cerca está el momento de tu gloria!.. ¡Brilla en tus ojos el resplandor de la v da!... ¡Palpita tu pecho vigoroso!... ¡S ben a tu semblante llamaradas de felici dad!... ¡Así penetrarás en la jaula arro gante y magnífico!... ¡Y cuando salga e león a tu presencia!... Entonces... ¡Oh (Suena dentro un timbre).

G. RIED. La señal... Llegóme el turno... ¿Viene

LEOP. Tengo que ir al camerino.

G. RIED. ¿Dormirás también esta noche sobre u sofá?

LEOP. Vete confiado...

G. RIED. Ya no hay ninguna sombra en mi felicidad... Pronto llegará a tus oídos el estruendo de la ovación. (Vase por la derecha).

ESCENA V

LEOP. ¡Camino va de la muerte! Ya no le verán mis ojos con ese esplendor de vida!... Así que caiga bajo las garras de la fiera, ¡qué latigazo tan sangriento voy a estampar en el rostro de esas damas que han venido para admirar a su ídolo... Esperemos. (Pausa). (Dentro suena una marcha triunfal de circo). ¡La marcha triunfal! ¡Llegó el instante!... (Dentro suenan disparos de revólver y gritos de socorro, con voces de ¡Goliat! ¡Goliat!... Suelta, león. Suelta, león... En tanto dice LEOPOLDINA). ¡Oh, mi bravo león! ¡Oh, mi hermoso Goliat!... ¡Al corazón!... ¡Al corazón!... (Dentro acaba el ruido y se hace el silencio). ¡Ya le ha despedazado! Voy a dar fin a mi justicia! (Váse por la derecha) (Mutación).

CUADRO SÉPTIMO

Decoración de bosque. En medio del escenario aparece una jaula muy espaciosa que figura ser de hierro, a imitación de las que se emplean para estos casos. Dentro de ella, caído en tierra, se vé al actor encargado del papel de Guillermo, teniendo sobre su cuerpo una figura de león, muy corpulento, de abultada cabeza y largas melenas, en actitud de haber derribado y despedazado al domador. Esta figura de león, si no de forma plástica, que sería lo mejor, puede ser pintada por un buen artista sobre madera, recortada luego, para ofrecer la silueta total del dibujo. El caso es que se produzca entre el cuerpo del actor y la figura del león, el grupo que debe dar la impresión de arte más cercana a la realidad y naturalidad del hecho. Rodeando la jaula, hállase una multitud de artistas de circo, de ambos sexos, vistiendo casaquines de colores, como exige la corriente del uso. Por las actitudes y semblantes, llenos de espanto, de estos artistas, debe comprenderse hasta dónde alcanza la magnitud de aquel cuadro de horror, todo bien dispuesto y entonado para que el conjunto no decaiga por ningún detalle inadecuado. SERAFIN aparece a la derecha con un revólver en la mano, como habiéndolo antes disparado.

ESCENA ÚNICA

(Aparece LEOPOLDINA por la derecha, seguida de MARIETA, con las manos juntas, llena de terror).

LEOP. ¡Guillermo! ¡Guillermo!

SERAFIN (Juntamente con otros artistas, cerrándola el paso). ¡Señora! No se acerque... No se acerque...

LEOP. Quiero verle. Dejadme el paso libre.

SERAFIN Telón. Telón.

LEOP. No. No. ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Yo lo mando! (El telón, que ha bajado un poco, vuelve a subir).

SERAFIN Por Dios, señora...

LEOP. ¡Paso! ¡Paso! (Y ante aquel imperioso mandato todos obedecen) ¡Espantoso! ¡Espantoso! (Se dirige al público, adelantándose mucho, y dice con exquisita, profunda y terrible ironía, no exenta de una gran emoción). Señores: Ya lo ven ustedes. ¡Mi infortunado esposo, el aplaudido domador... el favorito de este gran mundo parisién, ha sido víctima de su arrojo!... ¡La fiera le ha despedazado! No puedo más... Ténme, Serafín. (Se desmaya y cae en brazos de SERAFIN y MARIETA).

FIN DEL DRAMA

Precio: DOS pesetas